



Río Amarillo

La pasión de un pueblo minero

Rodrigo Murillo Carrión

RÍO AMARILLO

La pasión de un pueblo minero

RODRIGO MURILLO CARRIÓN

Machala, 2010
IMPSSUR

PRÓLOGO

Partiendo de una dificultad básica precisamos anticipar que una historia densa y larga, una auténtica epopeya vivida durante dos décadas no se puede resumir en pocas páginas, cuando deseáramos poder hacerlo para revivir todas las emociones vitales que movilizaron, dieron alegría, unieron y le dieron una dimensión más allá de sus límites materiales, a un pueblo entero. Un pueblo llamado Portovelo que entonces era un pequeño paraíso donde parecía que nada faltaba, aunque se tenía muy poco; ese pueblo que tuvo la magia de sostener su identidad en medio de las carestías, supliendo con valores los vacíos de una crisis temprana y habiendo satisfecho sus necesidades a base de reciprocidades perfectamente simétricas, libres de cualquier clase de estigmas. Con esas particularidades exclusivas los niños y los jóvenes crecimos, al amparo de una familia amplia y estricta, creyendo en la igualdad, en el equilibrio social y conscientes de que sólo el trabajo, el sacrificio y la honradez nos abrirían un sendero para el futuro. En ese entorno, con un paisaje regado por un río que se hacía gris, mientras las montañas se perforaban como un gigante cedazo, apremiando el tiempo con un horizonte también gris. Pero siendo dueños de confianza absoluta, desbordando aquello que hoy se denomina autoestima y libertad para elegir; en ese ambiente cristalino nació, creció y brilló este equipo maravilloso, el Río Amarillo.

En este escaso tiempo y espacio deberemos resumir la evolución y la historia del equipo, sin olvidarnos de todos quienes lo hicieron posible y de los que fueron su antecedente; sobre todo, intentaremos abstraer los contenidos básicos y los significados fundamentales para hacer de la experiencia una enseñanza, la asignatura pendiente que nadie puede ni quiere olvidar.

Así el Río Amarillo sintetiza la disciplina interiorizada en los portovelenses para ser cumplidores del deber, puntuales y efi-

cientes, sin que ello implicara el sometimiento a un reloj despiadado, porque también supimos disfrutar el tiempo libre, ya sea en el trabajo o en la escuela.

Uno de los argumentos implementados para hacer menos tensa la jornada era justamente el deporte, y como había mucha aplicación en toda actividad, de los campos deportivos salieron excelentes deportistas. Destacaron en el básquet obteniendo campeonato y vicecampeonato nacionales, en el volibol, béisbol, natación, box, billar, automovilismo y en el más vistoso de todos los deportes: el fútbol. Primero fueron las oncenas de trabajadores, con la Rana Mora a la cabeza; después vino el Juvenil, equipo de carasucias que dejaban sus juguetes de infancia y se convertían en hombres. Las competiciones se hicieron frecuentes ante la cantidad de muchachos dedicados a la práctica de dominar el balón con los pies. Hubo campeonatos entre los barrios, casi duelos familiares que se dilucidaban nada más que en la cancha de terciopelo que se alimentaba del oro acumulado en sus raíces.

Hubo suficiente material humano, jugadores exquisitos, tanto hábiles como fuertes, para formar un equipo más poderoso, una selección que integrara a todo el pueblo, para que lo represente y defienda sus colores imaginados. Se llamó Río Amarillo, replicando el nombre que Tomás Carrión –ese viejo cacique del barrio Machala- les ponía a sus camiones. Era un nombre sonoro, históricamente válido y lleno de autenticidad, por eso resonó en todo el austro y su eco todavía repite las consignas que nos deben motivar, las lealtades que nos mantienen unidos y los sueños que nos deben inspirar para caminar al encuentro con el futuro.

Por eso debemos darles gracias a cada uno de los jugadores del plantel principal y de la plantilla titular, esos hombres que sudaron por el honor, sin percibir sueldo, por el puro gusto de alegrarnos la vida, de cuyas jugadas aprendimos estrategias para sobrevivir y valores para triunfar. Porque Portovelo es un pueblo de triunfadores, solamente que no de aquellos vanidosos ni arrogantes; es de aquellos que continúan sembrando para mejorar la cosecha.

Río Amarillo

La pasión de un pueblo minero

Para entender la singularidad que constituyó el Río Amarillo, un equipo de fútbol; para intentar un sondeo de los significados que emanaban de sus acciones y de sus gestas; para explicar el fenómeno popular emergido de la nada y convertido en totalidad; para todo eso primero hace falta un escrutinio de los valores que hicieron el perfil de un ciudadano de Portovelo y un recuento del modelo de explotación que aplicaron los gringos para extraer el oro de la tierra y el sudor de la frente de sus trabajadores: un episodio importante de la historia de este pueblo minero deriva de todo el régimen laboral. Penetraremos en la profundidad de su ideología subterránea.

Portovelo no es mucho sin su historia minera y sin la leyenda en que se convirtió el Río Amarillo. Este nombre fue escogido por los españoles que llegaron a buscar el nacimiento de unas riquísimas vetas de oro y para sobrevivir fundaron un caserío en algún recodo del río. Después de varias centurias, el viejo y sabio Tomás Carrión le puso este mismo nombre a los camiones que compraba para hacer sus negocios. Por los mismos años, el que parecía un hombre demasiado estricto y parco, Lucho Coronel, tenía guardada una sensibilidad desconocida para la música y compuso la canción “A orillas del río Amarillo” que es el himno popular de Portovelo. Entonces apareció el equipo de fútbol, acaparando el nombre para difundirlo a lo largo y ancho de la Provincia de El Oro y otras vecinas como Azuay y Loja. El Club se formó -según las informaciones que nos dio su principal gestor, Segundo Cueva- el año de 1962. Fue una organización más bien familiar, de panas, antes que una institución formal. Eso llegaría más tarde.

El escenario en los tiempos del honor

Hubo una vez un cuento científico que se hizo realidad: la Utopía. Después del éxodo de los americanos, que abandonaron

Portovelo en 1950, cuando su empresa, SADCo, consideró oportuno terminar con las operaciones mineras, porque de acuerdo a sus cálculos se desmoronaba aquel enorme imperio industrial. Con la tolerante actitud del presidente Galo Plaza, se evaporaba el principal centro de trabajo minero del país y los proyectos que habían creado centenares de familias en el entorno, también se desvanecían. Fueron tiempos de angustia. Los gringos se iban y más de mil familias quedaban en la desolación del paro; creían ellas que las colosales edificaciones y obras de ingeniería levantados serían condenadas al abandono. Sin capitales ni técnicos extranjeros no se podía adivinar un panorama más oscuro. Fue el anuncio de un Apocalipsis.

Entonces se produjo la reacción instintiva y la primera estrategia de supervivencia en Portovelo. Los americanos al aplicar su rígido sistema de disciplina laboral, inspirado en el taylorismo, habían demostrado una “eficacia” que tuvo matices dramáticos y a veces de crueldad. Con el poder en sus manos y habiendo configurado lo que se denominaba un “endave” de explotación, donde se izaba la bandera de los Estados Unidos; con toda esa cadena de hegemonías, les fue fácil imponer su voluntad y cumplir sus metas. Hicieron de los obreros de Portovelo auténticas máquinas para el trabajo, con todos los aditamentos ideológicos y de la psicología. Les habían transferido la aptitud para sobrevivir mediante el uso de sus destrezas laborales, de sus fuerzas, del servicio estrictamente administrado, de temperamentos fieles a la religión y a sus demandas y les habían impuesto las matrices para vivir bien y desear más después, de soñar. “El sueño americano” se arrullaba ya en los dormitorios de Portovelo mucho antes de concluir la primera mitad del siglo XX. Ahora estaba en sus manos concretarlo en una realidad que entonces se mostraba esquiva. Y con la herencia cultural de los gringos sobrevivieron.

De esa manera no hubo la crisis de la paralización laboral, no llegó el hambre que aterraba. Gracias a un acuerdo con el Gobierno, la compañía americana transfirió al país las instalaciones industriales y los terrenos concesionados, como una forma de pagar impuesto y tasas en mora. Para administrarlas se formaron tres compañías nacionales mixtas. No fue difícil asumir la responsabilidad y continuar el trabajo de explotación. Las “máqui-

nas humanas” seguían operando con toda su potencia, burlando la dureza del suelo y toda dificultad en sus jornadas sobre el suelo caliente. El ritmo no disminuyó en las guardias, y las ganancias ya no irían a parar en los bancos norteamericanos; serían repartidas entre los obreros y empleados que esta vez manejaban la empresa. Así la utopía emergía como la isla mágica después de tantas turbulencias y aguas agitadas.

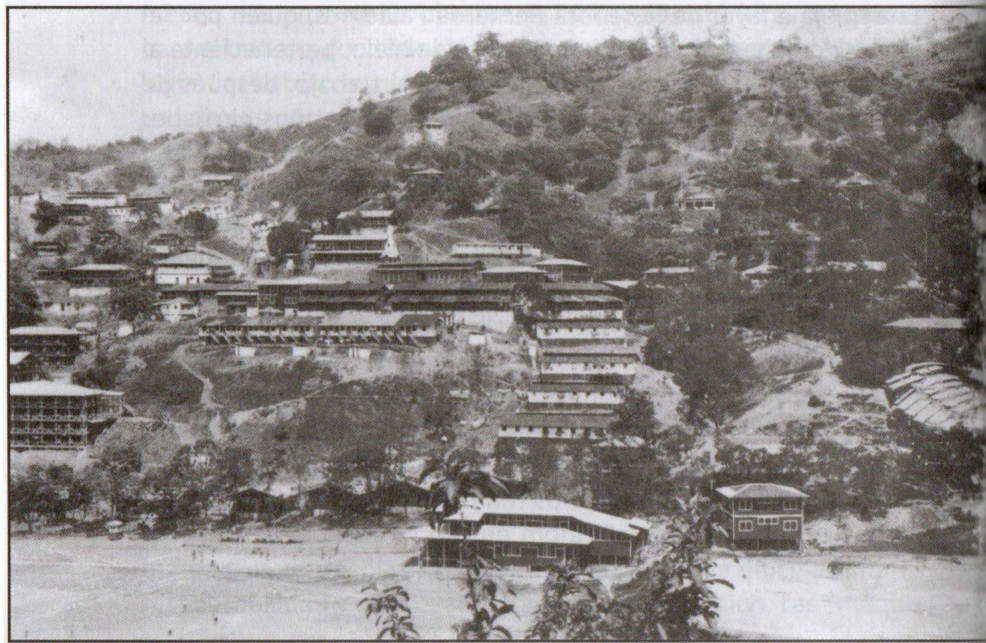
La experiencia vivida y acumulada por los trabajadores de Portovelo durante la época de dominación extranjera se convierte ahora en un verdadero laberinto de interpretación para nuestras mentes adoctrinadas. Hay muchos acertijos para descifrar: la contradicción entre las consideradas bondades del régimen americano o la eficiencia de su teoría y la explotación de los recursos y los hombres ecuatorianos; sobre todo si en la memoria de los pocos testigos vivos de aquella época, todavía palpita la certeza de que “todo tiempo pasado fue mejor” y de que no volverá la bonanza del tiempo de los americanos: sus dádivas, entretenimientos, cine, hospital, educación, música y todos los deportes posibles.

Y no obstante, el 1 de diciembre de 1944 llegó al despacho del Dr. Sergio Romero González, Jefe de Trabajo de SADCo, una queja a favor de la señora Bernarda Paladines, quien por “el hecho de haber obsequiado un pedazo de hielo, perteneciente al Hospital, a un niño, va a ser despedida del trabajo, después de haber servido a la Empresa por el tiempo de nueve años, sin haber recibido sanciones de ninguna clase, por faltas de puntualidad o por indisciplina”. Así era el régimen disciplinario. Muchos agradecidos trabajadores murieron, algunos por el silicio acumulado en sus pulmones, sin haber pronunciado una condena a sus antiguos patrones. Aunque estuvieron conscientes de su precaria situación material, de la posición inferior en la escala social y de muchas desventajas, tuvieron lo suficiente para adormecer sus ansiedades heredadas y saciar un hambre contenida. Después de los gringos la vida fue absolutamente bella para todos. Demasiado, al punto en que no duraría para siempre.

•



Luego de que se fueran acumulando toneladas de residuos minerales quedó listo un lugar donde se practicaron todos los deportes posibles



II énfasis en la cultura

No pretenderemos hallar o establecer una razón oculta en el despliegue de las actividades culturales y en la difusión de la producción literaria promovida desde las esferas del poder yanqui, y completamente asimiladas por los trabajadores de Portovelo. Sucedió y surtió efectos en forma eficiente, según los documentos que reposan en nuestro archivo; un conjunto muy numeroso de ciudadanos, descendientes de los primeros obreros, de aquellos emigrados sumisos emergidos de todas partes, de esos individuos solitarios incorporados en un laberinto que parecía levantarse como otra Babel; después de vencer sus propias limitaciones y de superar la ignorancia, empezaron a buscar en la cultura el medio ideal para complementar la supervivencia, para transformar las carencias en circunstancias que fomentaran un caudal de conocimientos y sabiduría. La cultura, el deporte y la salud fueron pilares que mantuvieron los empresarios para tener obreros óptimos; la historia de Portovelo salió ganando de este régimen.

La biblioteca de la Federación de Trabajadores estaba surtida de obras y manuales que le enviaban desde las esferas más insólitas, atendiendo las gestiones de sus dirigentes. Para citar casos tenemos un comprobante de entrega de libros (suscrito por el Secretario General) Humberto Mata Martínez) que hizo la Casa de la Cultura Ecuatoriana en enero de 1947, de autores nacionales; el Núcleo del Guayas hizo más remesas de su producción. La Dirección del Tesoro envió en 1948 un paquete de publicaciones oficiales: leyes, códigos y la Constitución. Le llegaron donaciones procedentes de Chile, de Dinamarca y otros países. Los estatutos de la Federación establecían la formación de comités, poniendo énfasis en la de cultura. Los comités de fiestas solicitaban libros para premiar a los niños vencedores en diversos concursos programados. Si los niños se hallaban faltos de nutrición eran enviados a las Colonias de Recuperación Física y la misma Federación de Trabajadores creó un fondo de ayuda para el desayuno escolar. Los cuerpos y mentes se preparaban para convertirse en atletas competitivos que disfrutarán la gloria del triunfo. Así continuó en la siguiente fase de la explotación minera en Portovelo.

El advenimiento de un experimento empresarial configurado por trabajadores-patronos a la vez, se dio sobre la base de la doctrina americana. El miedo aún circulaba en la epidermis de los obreros, crispándola si les caía la sospecha de un acto considerado inmoral como apropiarse de una roca mineral, de frecuentar lo sórdido, hasta de tener malos pensamientos eróticos. La honradez y la moralidad se hicieron parte del cuerpo, cubierto o desnudo. Portovelo fue el pueblo que durmió sin candados, seguridades, ni guardias nocturnos, salvo la del viejo Víctor Español, porque le encargaron las guardias en la noche más para entretener a los desvelados y para atrapar los fantasmas que le vinieron desde su origen desconocido. En ese paisaje, en esa comunidad unida como cadena y aferrada a su tierra, allí se hicieron los deportistas, de allí creció el Río Amarillo. Su aparición no fue obra del azar, resultó una expresión auténtica, casi necesaria, de la identidad de un pueblo naciente, un pueblo que para entonces era casi perfecto en la mente de sus habitantes; pero que por ser tan maravilloso, duró muy poco tiempo.



En la escuela de varones las canchas deportivas tenían como límite los barrancos

El antecedente directo

Los norteamericanos habían implementado la práctica deportiva en varias disciplinas, habiendo creado las oportunidades para que los obreros se distrajeran, y para que muchos de estos destacaran convirtiéndose en auténticos virtuosos. A los indios saraguros les ponían guantes y los lanzaban a un cuadrilátero; en lo que ahora es el estadio estuvo uno de los primeros diamantes del Ecuador para la práctica del béisbol. Hubo coliseo cerrado, piscinas, billares que les regalaron los jefes, campeonatos internos de ping pong o tenis de mesa, bádminton y basquetbol, carreras de autos. Se practicaba el ajedrez, preparando mentes para atender retos como los del Club Unión y Progreso de Piñas. Antes de un lance los jugadores eran concentrados en un espacio diseñado en los bajos del Club “La Deportiva”. Los niños ecuatorianos se ganaban unos centavos haciendo de pasabolas a los gringos que jugaban tenis y admiraban sus competencias de polo, golf y equitación, disciplinas exclusivas para los extranjeros en campos también exclusivos.

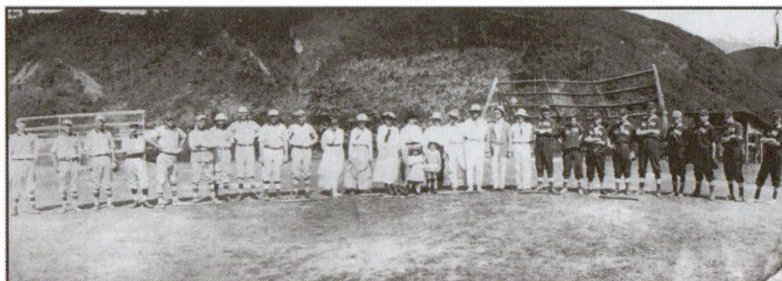


Deportes exclusivos de los americanos: Equitación



Deportes exclusivos de los americanos: Polo

Fue tanto el progreso que se lograron campeonato y vice campeonato nacional en basquetbol femenino y masculino, además del privilegio de representar al Ecuador en un campeonato Sudamericano. No había niño que hubiese nacido sin habilidades para algún deporte: unos más y otros menos, pero todos las llevaban en su sangre. Entre los mayores destacaron verdaderos portentos para el fútbol, siendo el más recordado la “Rana” Mora, Ranulfo. No se puede omitir su nombre, sería error imperdonable, sobre todo porque conserva una hermana que tiene una memoria prodigiosa que no perdona olvidos y un corazón que todavía late apasionadamente por su pueblo y por la gente, doña Aída.



Béisball: Uno de los primeros equipos del país



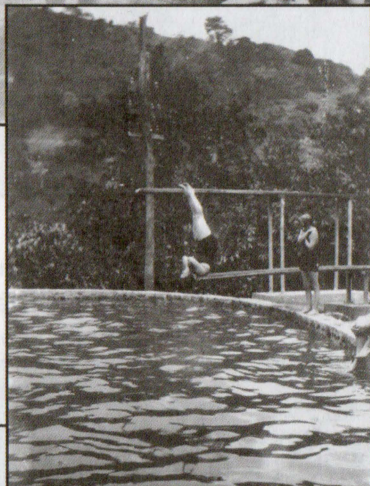
Deportes para ecuatorianos: Box en el Coliseo



Carreras de autos.



Natación y saltos en piscinas.



Juegos recreativos.



Después de los norteamericanos, los inexpertos ecuatorianos quisieron mantener el modelo. Al comienzo lo hicieron mejor, pero no supieron prevenir los avatares del futuro y su proyecto colapsó. Pero mientras duraba esa época de ensoñación, los niños que se estaban haciendo jóvenes y engrosaban sus cuerpos, sintieron que les había llegado la hora de formar una onceña de fútbol amateur: y se hizo el Club Juvenil; en este equipo figuraron: Enrique Alvarado, en el arco; "Pichón" Aguilera, Nery Sigüenza, Manuel Uzho, "Pacay" Fajardo en la defensa: eran pura garra, capaces de exponer hasta sus partes nobles para evitar un tiro contra su arco. El medio campo lo copaban Marcelo Moreno, Vicente Jara, Marín, el "Gato" Sigcho. Y en la delantera sobresalían "el Flaco" Correa, el "Mocho" Moreno, Norman Orellana, Luis Gía, los hermanos Coloma, Gustavo y Eduardo. Siendo muchachos aún, ya eran famosos en la comarca y los más niños se satisfacían tocándolos después de un encuentro. Esta fue la semilla para que de ella se desprendiera el Río Amarillo.

De manera paralela se disputaban anualmente los campeonatos inter-barriales; entre el Club Marañón, por el barrio Avenida del Ejército, con los González, los Muñoz; los Ortega, Orellana, Gía, Marín, Lavanda, "Madruñero" Manuel Valarezo, importado de Salati; el River Plate, por el barrio Castillo y toda la familia de los Novillos ("Chivos"); EMELEC representaba al barrio Machala, con los hermanos Moreno (Marco y Marcelo) y su pariente Marino Moreno, los hermanos López, entre otros. El Barcelona de los hermanos Jara, los Mora, Cueva, con un arquero que era una leyenda viva, además de boxeador, "Capín" Mora Rossi; éste equipo fuerte y bien armado jugaba en nombre del barrio "El Mercado". Este campeonato fue otro semillero, otra inspiración que dio origen al Río Amarillo, incorporando a los mejores de cada club. Segundo Cueva y la formación del equipo.

Había una plantilla completa, con buenos jugadores en todas sus líneas y suplentes de igual calidad. Nada faltaba para formar con todos los rigores de la ley el Club Deportivo Río Amarillo. Hubo conversaciones preliminares entre la gente más allegada a la familia futbolística del equipo, hasta que finalmente se tomó la decisión de formalizar a la Institución. Las reuniones fueron siempre en casa de Jorge Sigcho, en el patio posterior donde estaba la

gallera, con todo su graderío y el cenáculo redondo, ideal para ejecutar a cabalidad la democracia. Esa gallera debió ser considerada otro elemento del patrimonio nacional, porque fue escenario de mil hazañas, protagonizadas tanto por los gallos, por los galleros, como por los asiduos nocturnos que preparaban parrilladas en la pista como pretexto para tomar aguardiente. Este escenario inolvidable para todo aficionado al deporte tenía grabadas todas las conversaciones y planes que se discutieron para dar vida jurídica al club. Artífice principal en la elaboración de los estatutos fue el Prof. Hernan Carrión M., quién tiene un crédito a su haber.

Sería injusto desconocer que el principal promotor de la idea y de mantener el equipo fue Segundo Cueva “Pata de Palo”, aunque hubo varios entusiastas que lucharon por sacar adelante el proyecto. Segundo y compañía ponían bienes y personas en los desplazamientos, para las prácticas diarias y todas las diligencias fundamentales como la adquisición de uniformes, balones, zapatos y hasta para el “Güiti gren”, como se nombraba –literalmente a la pomada caliente que el kinesiólogo Guillermo “Cometierra” aplicaba a cada jugador antes de un encuentro. Segundo era una especie de padre espiritual del equipo, el patriarca que cedía su local comercial para hacerlo camerino ocasional y luego sede social para celebrar los triunfos. En sus paredes penden las vitrinas repletas de trofeos –a la fecha ya desgastadas por los años- no demasiado grandes como se acostumbra entregar ahora, aunque sean de puro material plástico. Hay casi unas 50 copas que Segundo cuida celosamente, junto a las fotografías que ya son documentos históricos, porque sabe que tienen un valor incalculable para el patrimonio de todo Portovelo. El –con su honradez característica- no se siente propietario de los trofeos, sino su más conspicuo vigilante. Entre las copas destaca una que fuera entregada a nombre del Presidente Velasco Ibarra por el Gobernador de la Provincia, después de un triunfo frente al Macará de Ambato.

Cuando fue empleado de Tomás Carrión, ese “viejo gordo”, alegre y desinhibido líder del barrio Machala, siempre disfrutó el nombre de sus camiones, como está indicado. Así que cuando crecía la idea de formar el equipo, ya en la mente de Segundo estaba fija la propuesta del nombre; lanzó la idea y fue aceptada gustosamente por todos los líderes. Pero la primera directiva fue

encabezada por el Dr. Hugo Miño Villacís en 1972; a Castulio Valle le correspondió hacer frente al primer certamen de ascenso; en las siguientes estuvieron el Dr. Héctor Cango, Víctor Román, Dr. José Silva, acompañados de vocales y más directivos que ponían el mismo entusiasmo. Segundo fue el Síndico, casi vitalicio, hasta el año 2009 en que se cambió la directiva para intentar nuevamente el ascenso a la categoría de los privilegiados.



Segundo Cueva junto a su equipo del alma

La historia de nuestro síndico —el alma del equipo— amerita párrafos particulares. Siendo empleado del popular comerciante —abuelo de quien escribe y náufrago sobreviviente en el hundimiento del Jambelí en la Navidad de 1973—, por este vínculo, necesariamente debía estar incorporado al Club Pro Mejoras del Barrio Machala, del cual era mecenas mi abuelo Tomás. Las fiestas que se armaban en honor a la Virgen de Fátima en el mes de octubre eran suntuosas, con diversidad de juegos populares, bailes, comparsas y la infaltable banda de músicos que ponía Don Cañar. Así que Segundo se hizo marcador de punta en el equipo de fútbol de este Club, formando la alineación con los hermanos Cabrera hijos de don Mesías— que eran más buenos para la música que para el fútbol. Sólo mi querido amigo “Sura” o “Surita” le dio bien al balón. Segundo no recuerda bien la alineación pero al parecer también la integraban Belico Quezada, el “Picón” y algunos que ya

no están. Mas la mala suerte le dio un golpe irreversible a nuestro personaje, el 1 de enero de 1954, durante un partido amistoso. Sufrió una lesión grave, le quebraron la rodilla y lo marginaron de la práctica del fútbol para el resto de su vida. Quizás por esa frustración amó tanto al deporte desde el filo de la cancha –así como idolatra a su Barcelona de Guayaquil- y de allí en adelante pasó a merecer su “título”: “Pata de Palo”.

El sigue rodeado de los buenos recuerdos que le repiten cada día los trofeos desde sus vitrinas, soñando aún en la concreción de sus anhelos deportivos y atendiendo a los clientes con la paciencia y bondad que nunca ha dejado de practicar. Solamente se pone iracundo cuando pierde Barcelona, al punto en que le puso el nombre de Ramón Barreto al urinario de su salón, por la perversidad que le ocasionó a su equipo del alma en aquel famoso escándalo presenciado por miles de aficionados en abril de 1972: el estadio Modelo enmudeció dos veces cuando Barreto le “robó” dos penaltis clarísimos al Barcelona, por favorecer al gigante Sao Paulo de Brasil (Barreto ha sido galardonado en su natal Uruguay en el año 2010 por su dilatada trayectoria profesional). La leyenda inscrita en la tabla decía “Urinario Ramón Barreto”. Esto es parte del perfil que ha formado nuestro querido amigo Segundo Cueva, “Pata de Palo”, sin duda un personaje que pasará a nuestra historia particular.

Primeros triunfos

Al comienzo fue un grupo de muchachos llenos de entusiasmo y talento, sin conocimientos de técnicas, tácticas o estrategias futbolísticas; todo lo que hacían era pura inspiración, nacida de iniciativas innatas; con ganas en el fondo, de un invalorable anhelo de triunfar, de hacer valer las cualidades personales y la identidad de un pueblo que empezó a depositar en ellos la representación de su esencia, fue su sello particular, como antes lo había sido el Chuck Taylor y las selecciones de basquetbol masculino y femenina.

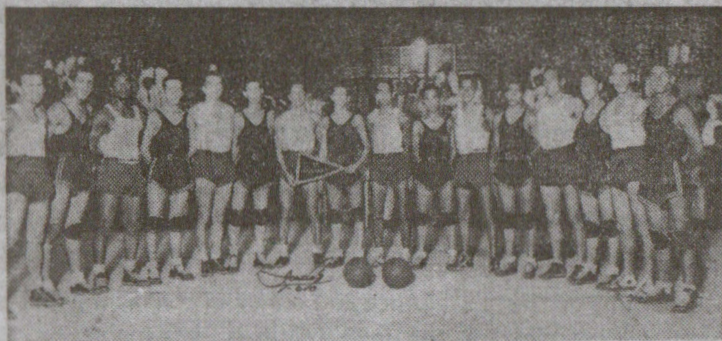
Una vez que el equipo estuvo consagrado, no había número central de la fiesta mayor -en honor a la Virgen del Consuelo- donde no estuviera de protagonista principal el Río Amarillo, en-



El Seleccionado femenino de básquetbol de El Oro que participó en el campeonato nacional de 1948 cuya sede fue la ciudad de Portoviejo.- Sus integrantes eran todas de Portobelo.- Defendieron con hidalguía los colores de su provincia y llegaron a la final con

Guayas y Pichincha.- Los tres conjuntos fueron declarados campeones.- Están: Rosa Delia Albán, Ruth Albán, Dora Cabrera, Haydee Peralta, Abigail Mu-Blanca Briones, Rosa Maldonado, Clara ñoz, Piedad Ronquillo, Olivia Aguilar Granda y Silvia Aguilar.—

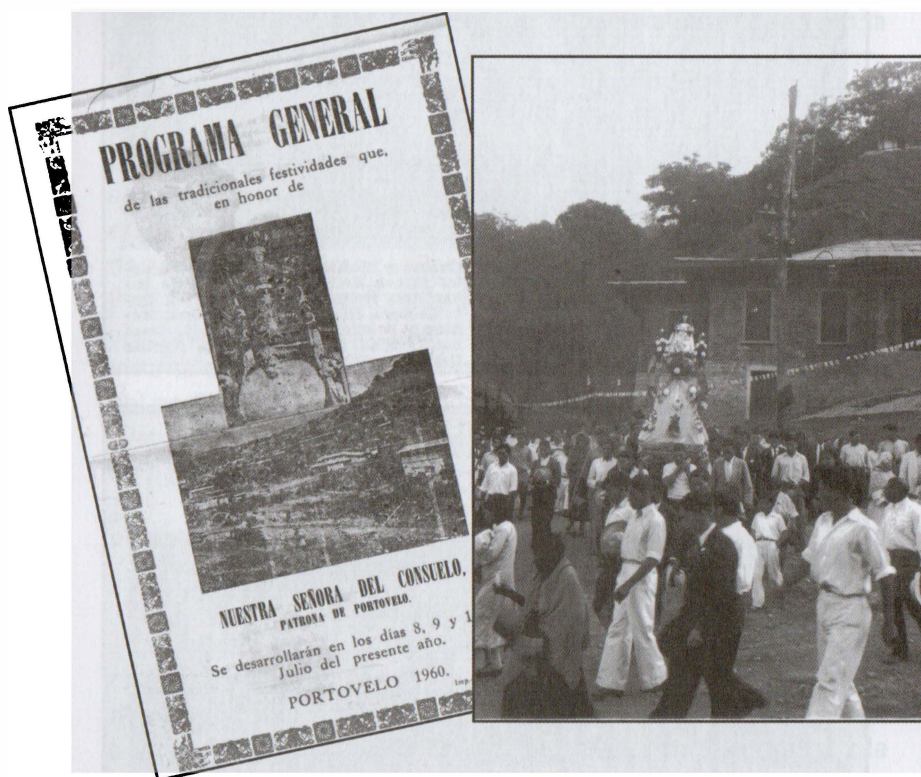
PORTOBELO DESTACO SIEMPRE EN EL DEPORTE



Los equipos de El Oro (integrado por elementos de Portobelo) y Guayas, ante de sostener el encuentro final por el Campeonato Nacional de Básquetbol, realizado en Guayaquil en el año 1938, y que ganara en forma apretada el quinteto de Guayas - Aparecen, desde la izquierda: Juvenal Sáenz, Gabriel Capobianco, Severo Sandiford, Angel Zú-

ñiga, Adolfo Jurado González, Antero Matamoros (de brillante desempeño en las Olimpiadas Bolivarianas de 1938), Víctor Alarcón, Filemón Mejía, Ethel del Valle, Leonel Granda, Julio Narváez, Medardo Sánchez, Víctor Zevallos Mata, Telmo Torres, Rubén Barreiro y Pedro Camacho.—

frentando a los más reputados rivales de la región. Con los marcos de la cancha abarrotados de público empezaba el espectáculo: los aficionados llegaban de Piñas, Zaruma y de todos los lugares adyacentes. Evidentemente las casas de Portovelo se vaciaban porque todos sus moradores se iban a ver la fiesta del deporte. No había temor de que las casas quedaran solas, a veces hasta sin candado, porque allí nadie cogía nada que fuera ajeno.



Un programa de fiesta y la procesión principal con la imagen de la Virgen del Consuelo, Patrona de los mineros

Entre los espectadores sobresalía un jovencito de Piñas, que era loco por el fútbol y le encantaba narrar los partidos, más cuando en esa ciudad se instaló la emisora Radio Impacto: el chico, melenudo y aniñado, se llamaba Fabián Gallardo; después se fue a perfeccionar en Quito, a la radio Nueva Emisora Central, de don Carlos Efraín Machado.

En Portovelo no había quien le gane al Río, todos los partidos terminaban en triunfo. Sólo una vez recordamos haberlo visto perder, frente a un equipo lojano, con un resultado que sin ser abultado, ensombreció el ánimo popular y oscureció el sol en pleno día. Después continuaron los gritos de gol y las celebraciones de las ganancias, así que empezaron a pedirle revanchas, invitándolo a competencias en otras ciudades del Austro. Fueron a Loja, Macará, Celica, Zaruma, Piñas y a casi todos los cantones oreños. En Alamor permanecieron una semana completa cumpliendo la invitación a uno de esos campeonatos llamados “relámpagos”.

En Celica —cuentan los muchachos— casi tuvieron que jugar con linterna por la neblina tan espesa que invadió el campo de juego, de forma tal que hacía imposible ver la pelota a más de uno o dos metros de distancia. Y sin embargo el partido se dio, como una danza de fantasmas, puesto que el reglamento no tenía previsto un fenómeno de esta naturaleza para suspender el match. Obviamente se trajeron el trofeo y un tremendo catarro que inflamaba sus gargantas.

Al comenzar la década de los 70s el desarrollo futbolístico de la provincia era mayúsculo, los equipos buenos salían de todos los cantones, buscando espacios y ventanas para brillar. Dieron inicio a los campeonatos interclubes, una de cuyas sedes fue el estadio de Santa Rosa, recinto que ponía frente a frente al público y a los protagonistas, creando una interactividad como para sentir con los cinco sentidos las palpitaciones del balón, del público y de los jugadores. La emoción se hacía más intensa cuando se luchaba la posesión de la pelota a un metro de nuestra mirada.

Estos campeonatos eran el primer paso de la evolución futbolera en la Provincia: reflejo exacto del crecimiento y de la complejidad adquirida por los pueblos oreños en su entrada a la modernidad global. De ellos salieron el Cóndor, representando a Arenillas; Comercial Huaquillas; Zoila Ugarte de Landívar, de

Santa Rosa; el Calderón de Pasaje, ciudad en la que se rinde homenaje a este héroe en casi todas sus manifestaciones sociales y económicas; de este mismo cantón salió el Juvenil de La Peaña, en cuyas filas estuvo incorporado “Aruca” Pepe Klinger, que luego desplegaría un largo peregrinaje por los escenarios del fútbol; por Machala estaban inscritos Estudiantes Octubrinos y el poderoso Macarsa, financiado por la industria más poderosa de la ciudad, de manera que pudo contratar estrellas consagradas del nivel de Gonzalo “Pachaco” Castañeda, Douglas Ordóñez, etc. El principal animador del torneo fue el Río Amarillo —convertido en ídolo de la provincia— gracias a su juego homogéneo, a la compactación de sus líneas, a su origen e identidad y al color de la camiseta.

Para sus actuaciones, equipo y barra se trasladaban en una volqueta prestada por la Compañía CIMA, en un largo y penoso viaje de puro zangoloteo, cuando no lo remataba un aguacero con neblina y frío en la cuesta de Monos. Tiritando de frío —que se combatía con fino aguardiente— la delegación arribaba en horas de la noche a Portovelo, a compartir la alegría de un triunfo más y la cercanía del título. Con las experiencias logradas en estos campeonatos llegó la hora fundamental de poner un equipo oreense en el campeonato nacional.



El primer equipo aún permanece en los registros de la prensa

El sueño del ascenso: la consagración

Entonces vino la primera odisea, encaminada a conquistar un puesto en el fútbol profesional ecuatoriano. La población entera de Portovelo se propuso el ascenso de categoría y apoyó con todo lo que tenía y podía a ese delicioso proyecto. Allí aparecieron el Dr. Hugo Miño, Jorge Moreno, el Dr. Carlos Cueva, don Víctor Román, Castulio Valle, Silvio Ochoa, la abundancia de dinero no fue la base del equipo, todo lo contrario, la carestía era demasiado pesada. La sede de las competencias sería el estadio 9 de Mayo en Machala y para los viajes ya no era admisible la vieja volqueta de la Compañía.

Era tanta la carencia de materiales que una vez mandaron a la ASO un informe escrito con tinta roja, incidente que enfureciera al gamonal del fútbol Cesáreo Carrera, indisponiéndolo a recibirlo mientras no se transcribiera con el color negro formal. Pese a la relativa y temporal bonanza que se vivía en Portovelo por aquellos años, los costos de un equipo profesional eran demasiado altos y sobrepasaban las voluntades que la generosidad de la población ofrecía.

Los torneos provinciales se inauguraron en la Provincia buscando al representante de nuestro fútbol en el campeonato nacional. El primero –quizás el más disputado e inolvidable– se terminó de disputar en 1973; en los siguientes se alternaron los campeones, de los cuales sólo 4 equipos llegaron a la serie “A” del fútbol ecuatoriano: Carmen Mora, Bonita Banana, Audaz Octubrino y Santos F.C. En la actualidad todavía se disputa con mucho fervor ese ansiado cupo, aunque primero deben brillar los sueldos y primas que exigen los jugadores. Los proyectos han ido casi siempre bajo la sombra de la mala fortuna, por las administraciones negligentes y la corrupción que a veces mete sus garras en donde deben asomar las virtudes. Para los que olvidaron el ranking, los primeros torneos fueron ganados de la siguiente manera, por orden cronológico:

1973	Carmen Mora	•
1974	Audaz Octubrino	
1975	Macarsa	

1976	Estudiantes Octubrinos
1977	Estudiantes Octubrinos
1978	Atlético Chilla
1979	Estudiantes Octubrinos
1980	Comercial Huaquillas
1981	Atlético Chilla
1982	Sport Banaoro
1983	Liga de Machala
1984	Audaz Octubrino
1985	Bonita FC
1986	Deportivo América
1987	Santos FC.

1973. Primer torneo.

Por su trascendencia, emotividad, y por haber sido el primero, este campeonato provincial merece un tratamiento particular, aunque sea breve. Organizado por AFO (Asociación de Fútbol Orense), convocó a los participantes en el mes de abril de aquel dichoso año, que iniciaron sus preparaciones. El primero en registrar su inscripción fue Kléber Franco Cruz, al que siguieron once más, habiéndose quedado al margen algunos equipos que no tuvieron los diez mil sucres para adquirir el cupo o la organización básica para un compromiso de tanta magnitud. La docena de equipos se dividió en dos series; la "A" integrada por Audaz Octubrino, Estudiantes Octubrinos, Kléber Franco, Sport Banaoro (todos de Machala), Carmen Mora y Juvenil La Peaña (de Pasaje); en la serie "B" estuvieron: América, Bonita F.C., Liga Deportiva Universitaria, Macarsa (de Machala), Comercial Huaquillas y Río Amarillo. De ellas saldrían tres equipos para la liguilla final.

Arrancó la competencia con partidos de ida y vuelta jugados en el estadio 9 de Mayo; los resultados serían impredecibles: luego de una derrota la revancha era una ley y el movimiento de los equipos en la tabla de colocaciones variaba sustancialmente cada semana. Río Amarillo goleaba, pero también se llevaba sus derrotas; finalmente clasificó entre los seis principales luego de empatar con el América 2 a 2. En otros resultados Audaz le ganó a estudiantes con el marcador de 5 a 4 y unos minutos finales de

Infarto. Lucho González figuró en la nómina de goleadores de la primera rueda con tres anotaciones.

La Liguilla no podía dar menos y el Río tuvo actuaciones inspiradas. En el partido contra Macarsa, que se hizo un auténtico clásico Vicente Jara convirtió un gol olímpico, provocando la reacción del rival en procura del empate que no llegó cuando Berrueta anotó el segundo y definitivo gol. Fue declarado el mejor partido del año. Con esos resultados impredecibles y las revanchas obligadas terminaron el sufrimiento y la alegría juntas. En la final Carmen Mora liquidó al Audaz en forma contundente: 4 por 1, ganándose el título y el derecho a participar en la primera A del fútbol ecuatoriano. Audaz ocupó el segundo lugar, le siguió Macarsa y al Río le tocó el cuarto lugar. En la selección que se hizo de los mejores futbolistas constaron: Guillermo Motoche, Vicente Jara, Ricardo Mora y Lucho González, del Río Amarillo. Julio César Berrueta inscribió su nombre en la lista final de goleadores con 8 tantos, aunque fue declarado el “jugador más agrio” de todos y también fue su única temporada como jugador. Otros nombres destacados fueron: Marcos Chica y José Klínger, del Macarsa; Felipe Landázuri (ex EMELEC), Bolívar Merizalde y Sergio Médel, del Carmen Mora. Julio César Berrueta inscribió su nombre en la lista final del goleadores con 8 tantos, aunque fue declarado el “jugador más agrio” de todos y también fue su única temporada como jugador.

En Liga Deportiva Universitaria, armada con las primeras promociones de estudiantes de la UTM –la Universidad tenía apenas 4 años de creada- había un jugador de mucha resistencia y fuerza que llegó de Macará y destacó en el puesto de centro forward, su nombre: Montgómery Sánchez Reyes. Los jugadores del Río lo recuerdan como persona amable, buena gente, integrado a la “gallada de Los Audaces” junto a los hermanos Raúl y Vicente Núñez, Guillermo Maura y Leandro Alaña, entre otros, cuya zona de reuniones era la famosa “Lagartera”, que más tarde formó su propio equipo y pidió los refuerzos de Celso López y la Pulga Narváez. Esta amistad supo intercambiar correctamente los afectos, cuyo resultado fue decisivo para la transformación de aquella cancha descubierta en un estadio de fútbol.

Después de juegos inolvidables, la gente reconocía en el Río Amarillo la identidad de un conjunto de puro criollos y de puro corazón, argumentos para convertirlo en ídolo provincial. A la plantilla titular –cuyos detalles seguirán más adelante– sumaron en los torneos posteriores los refuerzos nacionales: Marcos Chica, Aruca Klinger y Cheme. Pero nunca pudo lograr la gran meta, ni siquiera el segundo escalón. La razón fundamental radicó en los malos arbitrajes; descaradas sanciones perjudicaban al Río, se notaba que de manera intencional. Había poderes más encumbrados no aptos para ceder un espacio vital de representación, todavía frente a un equipo de pueblo, de “carasucias” que se divertían goleando rivales, y lo que era “peor”, tenía la audacia de ganarles en casa, porque jugaban como los dioses. Los árbitros, débiles ejecutores de un reglamento inocuo, fueron artífices estelares para adormecer el sueño de nuestro pueblo.



En esas circunstancias no faltaban las broncas, aún en partidos amistosos, tal como ocurrió luego de ganarle al Carmen Mora en el 9 de Mayo. Su entrenador, Pablo Ansaldo se lió a puñetes con Guillermo el kinesiólogo portovelense, quien se llevó la

peor parte cuando le cayera la muchedumbre a darle patadas en el suelo. “Cometierra” (apodo de Guillermo Mora), esta vez probó de verdad el sabor del suelo y fue a parar en la clínica gravemente herido. En el poderoso Carmen Mora, financiado con la fortuna del “Pobrecito Manuel Encalada” tenía un gran plantel con grandes figuras: el rumano Gafter, “Camión” Correa. Una vez que se hallaba participando en el campeonato nacional compró los pases de Champemo, Celso López y Chicho Mora.

Los torneos de ascenso fueron disputados desde la temporada 1972-73, habiéndole correspondido actuar al Río Amarillo durante unas 4 temporadas seguidas, hasta que las dificultades económicas y de toda índole hicieron imposible continuar en competencia; el imperio de la alegría se desmoronó y los dirigentes vendieron la categoría al equipo Atlético del Pacífico, de un señor llamado Celso Chunchu, que tenía la sede en las calles Rocafuerte y Tarqui de Machala.

Cotejos, invitaciones y fútbol de lujo

Alternativamente jugaban partidos en todos lados, llegando a traspasar la frontera sur cuando fueron invitados a Piura para un lance contra el Atlético Almirante Grau, ahora equipo de la primera categoría en el campeonato de su País.

En la medida que la bonanza asomaba lanzando luces de esperanza, porque una veta muy rica habría sido descubierta, destapaba posibilidades para el derroche y la organización de fiestas suntuosas en homenaje a la Patrona Virgen del Consuelo, cada 4 de julio, Día de la Independencia de Estados Unidos. Hacía mediados de los años 70s (tiempo de dictadura militar) apareció la veta denominada “Agua Dulce”, derramando oro que benefició a todo el pueblo, de manera especial a ciertos mineros oportunistas, y sobre todo al gerente de la compañía CIMA, un militar que en su estupidez terminó con el sueño y aceleró el final, proclamándolo antes de tiempo con el despilfarro que ejerció ante los ojos de la colectividad. Mientras duró hubo suficiente dinero para traer equipos de alta competencia y las mejores orquestas del país. Para complementar la recurrencia de este flujo dorado recordaremos que unos diez años más tarde, talvez de pura casualidad o suerte

un grupo de exploradores independientes dieron con la veta que se llamó “Quebrada del Banco”; en realidad se trataba de un redescubrimiento, puesto que de su riqueza se habla en documentos antiguos. La abundancia daba para recoger a manos llenas, de la misma forma en que se la gastaba.

Portovelo pudo permitirse el gusto de contratar equipos guayaquileños de primera categoría para medir fuerzas contra el ídolo y comprobar la dimensión de su poder. Así llegaron “el que jamás tembló” Norte América, equipo presidido por el insigne orense Bolívar Madero Vargas, quien facilitaría su costosa invitación. Le ganaron por goleada. Para la siguiente festividad el invitado era de mayor fuste, el Everest, conjunto sostenido por los comerciante “turcos” de Guayaquil. También le ganaron. Con algunos equipos se entablaron encarnizados clásicos, protagonizados en visitas que siempre demandaron revanchas: así fue con el Cóndor de Arenillas; Grupo de Artillería Bolívar; Comercial Huaquillas; Zola Ugarte, de Santa Rosa, y Bernardo Valdivieso, de Loja. En La Peaña había una afición paralela, pero manejada con bastante dinero de sus dirigentes bananeros, los Minuche. Ellos tuvieron la capacidad de contratar estrellas consagradas como el chino Guime (ex EMELEC), a sus paisanos los hermanos Arias, entre otros, y les construyeron una villa lujosa para hospedarlos (el sitio de concentración tal como ahora se llaman estas residencias). Los conscriptos del Batallón eran temidos, morenos altos, temerarios y fornidos como robles, insensibles al dolor físico; en verdad inspiraban miedo, pero al final terminaba ganando la habilidad. Cierta ironía de la vida puso a nuestros jugadores, el Mocho Moreno y Champemo González, en las filas de este Batallón, enfrenado a su equipo del alma cuando hicieron la conscripción.



Champemo
González,
anotando por el
Carmen Mora,
de Pasaje

¿Cómo llegar al corazón de un pueblo?

Estos tiempos futbolísticos o futbolizados nos provocan escalofríos: las cifras pagadas por un jugador, que a la vez es señuelo empleado por el marketing, revuelven el estómago de los países pobres. La frenética danza de compra y venta de jugadores orquestada por grandes empresas multinacionales, ha transformado ese antiguo deporte popular, en un negocio lucrativo; creando el paradigma del hombre triunfador y solitario de la posmodernidad. El futbolista ya no es un ídolo con piernas chuecas y camisa abotonada; es un atleta pulido, acicalado, millonario y en muchos casos ególatra. El fútbol dejó de ser un deporte popular y se ha convertido en show lujoso, en extremo caro, y en el símbolo del poder de una nación, no exento de violencia irracional y peligrosa. En tanto, calles, patios y canchas públicas siguen llenándose de “peloteros” los fines de semana o en los atardeceres diarios; mientras los que colgaron sus botines se interrogan si todavía el fútbol es lo que fue y debe ser.

En nuestro país debemos resolver la paradoja de quién fue mejor: si los barcelonistas Lecaro, Macías, Madruñero, Spencer, Sigifredo Chuchuca, el Chanfle Muñoz o el Padre Bazurco, héroes de mil hazañas y de Morumbí. O los magos del EMELEC: Raffo, Raymondi, Balseca, Jorge Bolaños, Cruz Avila, Delgado Mena, Maggereger, Camacho, Armendáriz y tantos otros magníficos como Tito Larrea, Polo Carrera, Estupiñán y Torres Garcés. Hoy tenemos mundialistas: Aguinaga, Méndez, Iván Hurtado, Valencia, mejor preparados físicamente, adinerados, solidarios, guerreros de acero y mente ágil. Los tiempos y las condiciones de juego han sido totalmente diferentes en las épocas transcurridas, por lo cual no se puede admitir comparaciones, salvo para decir que todos ellos han sido buenos jugadores y mejores personas, pero que también hubo de todo y que no faltarán las ambiciones personales para manipular el deporte, hasta para convertirlo en plataforma de ambiciones políticas.

En cambio, los jugadores, dirigentes, entrenadores, masajistas y hasta el aguatero del Río Amarillo jamás pensaron ni anhelaron el brillo del dinero, pero si alcanzaron las luces del estrellato y la alegría de jugar por amor a la divisa. Por eso, la gente de Por-

tovelo vivió reflejándose en las victorias de su equipo preferido y en los sacrificios y preferencias que los jugadores le daban a su equipo. Nunca olvidaremos cuando Champemo llegó atrasado a la hora de salida para un partido importante en Santa Rosa, y al darse cuenta de que el carro ya había partido, tomó un taxi y pagó de su bolsillo el valor de la carrera. Estos jugadores no tenían sueldo, primas, premios o seguros, nada más que la recompensa y el halago de cada gol, nutriendo su espíritu ganador con el afecto del aficionado; mientras el alimento cotidiano lo ganaban trabajando en la Compañía Minera CIMA, que les dio un puesto como único premio posible.

Cuenta Segundo Cueva que en cierta fecha tuvo un encuentro con Pablo Hanníbal Vela “El Rey de la Cantera”, cuando estaba en su esplendor y su voz ronca era más fuerte que nunca. El Rey había viajado a Machala para ver jugar al Río Amarillo, equipo del que había oído los mejores comentarios. Después de comprobarlos personalmente, acercándose a Segundo le pregunta si era el dirigente de “mi equipo”, Sorprendido Segundo le pidió una aclaración de cual era ese equipo “suyo”, conociéndose el fervor del famoso comentarista por su Barcelona el ídolo del Astillero. Pero el Rey le dijo: éste es mi equipo, el Río Amarillo, mi Barcelona chiquito, porque se viste con los mismos colores y los muchachos juegan una maravilla.

En el segundo encuentro de las mismas personas el Rey le preguntó al Síndico Cueva: ¿Cuánto les dan de taquilla por llenar el estadio? La respuesta fue 7.500 sucres. Sorprendido el rey contesta ¡7.500 por llenar un estadio y a mí me pagan 15.000 sucres por ladrar como perro!

Todos estos jugadores ya ilustres, eran la prueba conspicua de la identidad portovelense; amor y orgullo del territorio propio; entusiasmo y lucha febril en cada jugada; capacidad y resistencia que provenía de la disciplina y el esfuerzo (entrenaban una vez finalizada la jornada de trabajo a las cuatro de la tarde); mucha creatividad bastante humor del bueno. El pueblo se siente aún obligado a rendir homenaje permanente a sus ídolos, y lo hace de buena gana, evocando las cualidades de cada uno. Todos ellos contribuyeron a difundir la leyenda, la calidad y tradición del fútbol portovelense. Al parecer ya estamos de frente a otra ge-

neración, al nacimiento de nuevas estrellas, la mayoría de negros esmeraldeños; esperando volver a disfrutar del resplandor que alegró las tardes un poco antes de caer la noche. Pero éstos primero arreglan los términos económicos del contrato, de manera que si no les resultá conveniente no juegan, no fichan. Nuestros paisanos de los años 70s vivían del trabajo en la Mecánica o la Planta Eléctrica, adonde fueron destinados por la empresa que los empleó, y cuando las taquillas se repartían recibían unos diez o veinte sures, según el monto de la recaudación.



Ídolo de la afición, ícono de la identidad y de la cultura de Portovelo

Alineación

Sin olvidar que el Río Amarillo sigue fluyendo en la ruta de los triunfos, con su reingreso al campeonato de ascenso, esta es una historia; por lo tanto se refiere a los personajes - jugadores que ya abandonaron la cancha y ahora están convertidos en referentes para la generación de futbolistas que aspira a devolverle a la divisa la gloria que nunca se ha olvidado. Quizás hubo un paréntesis, pero nuevamente la historia retomó los escenarios, se ha

tomado las canchas de diferentes ciudades y recuperó el corazón de la afición, que ahora es más grande y se expande por toda la Provincia de El Oro; tal vez más bulliciosa y a veces descontrolada, pero siempre firme y hasta furiosa, dando respaldo al equipo por donde quiera que este vaya. Este es el espacio que hemos dedicado para empezar a desmenuzar la primera alineación, con sus titulares y respectivos suplentes, y hasta los aspirantes que soñaron y nunca pudieron ponerse la camiseta.

En el arco

El guardameta titular era un individuo de los más singulares y malgenios, como el temperamento de un puesto bajo los tres palos lo requería, para ordenar a la defensa y animar desde el fondo al equipo en los momentos de amargura o debilidad. Su apodo estaba replicado del famoso arquero paraguayo que custodió la portería del EMELEC en los años 60s, Ramón “El candado” Maggereger, fallecido hace pocos años; su nombre: Gustavo Sigüenza. Encorvado y con los brazos semiabiertos, como si estuviera siempre listo para atajar un penalti, así entraba a la cancha, vistiendo una casaquilla oscura según lo disponía la moda de aquel tiempo. Bueno, con tremenda defensa que lo protegía, muy rara vez llegaba un tiro potente sobre el arco, el cual le permitía lucirse con voladas espectaculares que hacían delirar al público. Claro que también debió ir varias veces a recoger el balón hasta el fondo de las pibas, en los momentos cuando más lo mortificaba su carácter iracundo. Este comportamiento era exclusivamente en la cancha, aunque en la calle lucía bastante sobrio. Lo tradicional —a veces hasta esperado— de él, sucedía cuando el equipo contrario no atacaba con la suficiente peligrosidad y fuerza para que pudiera lucirse; o porque la defensa, encabezada por su hermano Nery, no dejaba pasar un balón. Se congelaba debajo del arco, masticando la rabia, hasta que decidía —en forma completamente arbitraria— dejar abandonando el campo de juego sin autorización del árbitro ni por disposición del director técnico. Sacándose los guantes casi limpios, se retiraba ante el apremio de todos los demás, dentro y fuera de la cancha. Así era Gustavo, y parece que su temperamento obedecía a un corazón sumamente sensible. Al abandonar

su vida deportiva, se fue a vivir en Machala, al barrio La Roldós, donde practicaba volibol casi todos los días. Confiaba aún en sus fuerzas y en su presión sanguínea; pero un día sintió un fuerte dolor en el pecho que al comienzo lo soportó como verdadero macho y le hizo recorrer en un instante todos los pasajes gloriosos de su vida. Luego ese corazón dio el último latido y Gustavo expiró, convirtiéndose en el primero de los ex cracks que falleciera. Era todavía un hombre maduro lleno de vigor, sólo que desconocía de su dolencia y de que su destino acabaría demasiado temprano.

Arqueros suplentes fueron Manuel Aguilar Granda “Saracho” y el zarumeño Arias, los dos muy buenos y arriesgados en el puesto. A Manuel también le gustaba hacer atajadas como para fotografía y aún recordamos algunas salvadas de lo que parecían goles cantados. Como tenía buena pinta y era hijo único, sus padres lo mimaban comprándole los mejores buzos, acolchados, y todos los implementos del arquero engreído: rodilleras, musleras, guantes y todo lo que le hiciera falta para no salir lesionado de un partido. Pero debido a su temple, a veces de tocaba arrojarle sobre los pies del atacante contrario y recibir tremendos golpes y lesiones. Esto le daba otra oportunidad para exponerse ante el público, exagerando los gestos del dolor, como lo hacen ahora a la perfección los jugadores profesionales. Siendo su afición el fútbol, debió dedicarse a los estudios, porque en Portovelo nadie vale si no es educado. En este caso predominó el talento para el deporte antes que para los estudios y siguió custodiando su portería si quiera hasta cumplir su primer medio siglo de vida, claro que en partidos de veteranos. Ahora es un abuelo feliz, sigue casado con Nora Moreno Cuenca, una dama por la que no pasan los años (es cuestión genética) y ejerce las funciones de rector del colegio 13 de Mayo.

Arias terminó siendo titular en el equipo principal por ser el más joven de los tres –casi contemporáneo de Manuel-. Ser admitido en el Río Amarillo, habiendo nacido en Zaruma, era una conquista muy difícil de lograr, para lo que era indispensable tener comprobada calidad, como también ocurrió con el “Grillo” Motoche, el “Sapo” Alvarado, el “Camión” Ramírez y el “Pato” Renato Romero. Arias tuvo una breve temporada, cuando ya el equipo entraba en el atardecer de sus grandes jornadas.

Defensa

Entonces se manejaba el sistema tres, dos cinco, o cuatro, tres, tres, que finalmente terminó imponiéndose, antes de hacer del fútbol un show costoso, defensivo y lleno de estrellas caprichosas a las que sólo se recuerdan por las propagandas que hicieron o por aparecer desnudos en alguna revista (Asprilla, Van Van Hurtado, etc.). La línea de cuatro estaba capitaneada por el espigado y fuerte Nery Sigüenza, "El Viejo", por ser el más veterano de todos —actualmente ya es parte de la tercera edad con 70 años de edad—. El que escribe estas líneas tuvo la suerte de compartir alineación con este símbolo del fútbol portovelenense, en el equipo de la gallada "El Juventus"; y así ver de cerca la capacidad de anticipación, la firmeza de su cabeceo y la fuerza de sus piernas o patadas al rival. Fuera de la cancha era respetado porque de un solo puñete podía soñar a cualquiera que quisiera fajarse contra él. Pero usualmente era un hombre correcto, amable, afectuoso, servicial y aficionado a cocinar, en donde realmente le fallaban los artilugios. ¡Cuántas veces nos tocó comer bolas de arroz hechas por Nery en noches de bohemia!



La plantilla titular respaldada por las nuevas generaciones

Su honradez todavía conmueve a este narrador, por ser el cobrador de boletos ideal, a quien todavía buscan las directivas de cada fiesta de Portovelo, para ponerlo a recibir las entradas, puesto que el hombre no deja pasar pavo alguno, así sea su pana del alma. Firme en la puerta del coliseo –para un baile o espectáculo deportivo- sólo permite el ingreso de quien haya comprado el boleto. Es el ejemplo vivo de lo que han sido de honrados los trabajadores y ciudadanos de Portovelo en los tiempos dorados, en los tiempos del Río Amarillo.

“El Sapo” Jorge Alvarado, contratación zarumeña y nacionalizado en Portovelo por amor: se casó con una de las muchachas más lindas del pueblo, Alicia Carrión, la que habiendo llegado a la madurez, nunca se ha dejado arrebatar su belleza. Con mucha razón Enrique se enamoró de ella y se casaron, pasando a vivir en Portovelo. Enrique era un señor del área chica, impasable, de piernas gruesas y fuertes brazos que compensaban su talla mediana. Era pura pepa, una barrera donde estrellaban los rivales.

“El Grillo” Guillermo Motoche, frágil pero de juego sutil, elegante, sobrio e inteligente; quitaba los balones con habilidad y arte sin recurrir a las artes marciales. Era lo que se llama un jugador técnico, incapaz de reventar una pelota salvo si era estrictamente indispensable. Callado y amable, siendo zarumeño, tiene una hermana que estuvo casada con el portovelense Anselmo Cisneros, fallecido en forma prematura de cáncer. Ahora Guillermo es un próspero empresario turístico, dueño del principal hotel de Zaruma y se muestra como si por él no pasaran los años. Siempre fue correcto y desafecto al licor.

Alvaro Miller, delgado, de paso lento, sobrio, con pinta de basquettero, como en efecto lo fue, alternaba la titularidad porque tenía calidad. Sería un gran conflicto para el entrenador el contar con buenos jugadores para escoger la alineación y tener que dejar a uno de ellos en el banco de espera. Miller jugó el campeonato de clubes en Santa Rosa, tocándole vivir la época dorada que pocos la compartieron dentro de la cancha.

“Aruca” Klinger, marcador tipo ventilador, de esos que pegaban carreras desde un extremo al otro de la cancha llevando el balón pegado a sus pies para proyectar centros al área contraria. Atacaba, pero sobre todo defendía, para lo cual tenía una “pinta”

que realmente causaba respeto y hasta temor. Fue la única contratación de la costa, siendo esmeraldeño de nacimiento y radicado en el Puerto. En un pueblo como Portovelo donde no existían diferencias sustanciales, castas, ni rangos sociales, no cabría el racismo, siendo más bien un atractivo que le daba el color adicional al equipo. Su ingreso se debió a una casualidad. Habiendo sido jugador de La Peaña y Marcarsa, sentía afecto por el Río Amarillo y todas sus características culturales, sociológicas y emocionales. En uno de sus innumerables trajinares por el austro, demostrando su indudable calidad, una noche apareció por la estación Central de Portovelo, confundido al haber perdido el transporte que lo llevaba de regreso a Machala, desorientado por culpa de algunas copas. Segundo Cueva lo reconoció y acercándosele iniciaron una conversación que terminó con su incorporación al Río Amarillo; luego de acordado el compromiso verbalmente (en un pueblo de honor como Portovelo eso era más que suficiente) Klinger fue conducido a casa del Vicente Jara, líder y Capitán del cuadro amarillo. Se quedó y como le sucedía a todo el mundo, aprendió a querer al pueblo y a su gente; se “enseñó” como solíamos decir, de manera que ahora ya retirado de la práctica profesional, nunca se olvida de retroceder unos pasos y visitar su antiguo pueblo, que ya no es el mismo de antes.

“El Verdugo” Wilson Muñoz, marcador de punta o “wing” izquierdo, merece un capítulo especial. Por algo sería que lo apodaron “verdugo”; es que con él si pasaba la bola, el delantero adversario quedaba tendido en el suelo. Inclusive antes, en la fase de reconocimiento del contrario, Wilson ya le había anticipado al rival quien mandaba en esa línea de la cancha con alguna “cari-cia” hábil y discretamente propinada. Era experto en el “ablandamiento” y con tal suerte que pocas veces se recuerda que haya salido expulsado por agresión. Era su habilidad para ablandar sin ser visto por uno de los jueces. Lo insólito de su preparación era que después del calentamiento y antes de entrar a la cancha se daba un duchazo de pies a cabeza con uniforme y zapatos puestos, ¿sería para enfriar su euforia o temperamento? Después del partido era lo más agradable escuchar sus comentarios en el taller de peluquería que tenía justo al frente de la cancha. Era sitio de reunión obligada, en la parte baja de una casa cuyos habitantes

varones eran casi todos futbolistas buenos, aunque sólo su hermano “Peto” alineó de titular en el Río Amarillo.

Para quienes desconozcan esta historia, la peluquería de Wilson estaba en la Avenida del Ejército, la calle que bordeaba todo el lado norte del estadio. Por eso, los muchachos del barrio “La Avenida” inclusive las chicas, eran aficionados –viciosos se diría- al deporte y con el tiempo se hicieron cracks, tal como sucedió con el colorado “Cobeña”, Jorge Mocha; Champemo, Luis González; el mismo Peto Muñoz; “Huachi” Ortega y Norman Orellana, más el caso especial que narraremos a continuación.



Avenida del Ejército: nombre que rendía homenaje a los soldados que sirvieron en Portovelo, incluida una breve estancia del conscripto Julio Jaramillo. El cuartel diseñado al vistoso estilo norteamericano, de madera, se levantó justo al final de esta calle.

Los muchachos de la Avenida: Mocha, Muñoz y González (+), acompañados del refuerzo machaleño Celso López.



Paréntesis

En estas líneas merece una mención especial nuestro querido amigo César González “Pata de león”, que aunque no fuera futbolista, tenía una potencia en sus pies, que podía reventar un balón de una patada con sus pies descalzos.

Este amigo de César –quien recuerda los episodios aquí narrados- tiene una deuda con él y quiere pagarla de una vez, aprovechando la oportunidad, ya que tanto el Río Amarillo como César González, fueron símbolos del deporte portovelense, y por tanto, baluartes de nuestra identidad. César destacó en el volibol. Portovelo siempre fue famoso por la práctica del deporte que impulsaron los gringos de la South American Developmet Company; claro que sus fines obedecían a mantener la disciplina, limpia y despierta la mente de los trabajadores. De esa manera apoyaron el fútbol, el básquet, el béisbol, el box; mientras para ellos se reservaban el tenis, el golf y el polo. Los niños tuvimos necesidad de crear un deporte exclusivo llamado “la derrota”, que se ejecutaba con una bola de trapo golpeándola en alguna pequeña ladera. En todas las disciplinas hubo destacados atletas, a quienes no mencionaremos aquí para no cometer la torpeza de olvidar algún nombre importante. Ni siquiera mencionaremos a los futbolistas de los años 40 y 50 (ganas no faltan), que fueron tan buenos como los del Río. Las menciones del equipo Juvenil y de la “Rana” son inequívocas porque fueron el antecedente, el origen místico del Río Amarillo y la cantera de donde salieron sus figuras.

Pero volviendo a lo de César, con las disculpas de los no mencionados, su figura y juego son parte de la gloria de nuestro pueblo. Le decían “Pata de león” porque jugaba descalzo, aunque su profesión era de zapatero. Le pesaban los zapatos para saltar o para volar en pos de una bola muy colocada. Era jugador de coloque, nunca abuso del gancho; tenía una batida venenosa, que podía rajarle la mano al receptor contrario: le ponía una especie de “chanfle” al momento de batir, aplicando una suerte de cachetada a la pelota y no el golpe seco. Recordando que aquellos balones eran de cuero y provocaban ardencias y dolor al jugar, ya podemos imaginar la potencia que tendría César en sus manos y brazos, por lo que llegó a jugar profesionalmente casi hasta los 50 años. Lo

clásico en él era su capacidad para bajar la mirada justo en el momento que estaba saltando, de manera que podía colocar la pelota justo allí donde había menos cuidado. Para ello se requiere un dominio absoluto del espacio y del tiempo, puesto que al mirar el suelo se aparta la mirada del balón. César nos dio tantas satisfacciones y muchas anécdotas, una de las cuales contaré. Ocurrió en Moromoro, adonde lo invité a un partido contra “la China” Ajila, un muchacho que despuntaba para estrella y necesitaba probarse contra un colocador de reconocida trayectoria. Antes de comenzar el primer quince “Panela” Jara, su inseparable compañero, le exigió que jugara con zapatos por tratarse de una invitación especial. Así lo hizo y la China le ganó el primer set. Molestísimo al verse derrotado por un novato decidió quitarse los zapatos para el resto del encuentro, porque hubo segundo quince y colorada; al final ganó César en uno de los juegos más vibrantes que recuerde. Tiempo después “la China” Ajila llegó a ser campeón provincial. Mientras tanto César seguirá en los anales del deporte oreense como el deportista con pies de acero y mirada de lince.

Alternantes

Sin querer ofender el honor de estos grandes amigos y retornando al tema principal, continuaremos describiendo la alineación del equipo, esta vez con los que esperaban su turno para la titularidad. Así pudieron alternar en la zaga: “Carlín” Feijoó, (su hermano Marco lo hacía en el medio campo), otro bien pintado defensa, temerario, capaz de transformarse en la cancha y de romperse una pierna antes que permitir un gol. Más fácil sería decir que en calidad eran iguales tanto los titulares como los suplentes, aunque también se debe reconocer que nadie fue mejor armador que Chuchuca ni mejor centro delantero que Lucho Champemo. Rodrigo “el Gordo” Mogrovejo, alternó entre los grandes; hijo del querido Julio, el eterno custodio de la Oficina; un tanto pasado de peso no le restaba agilidad en la cintura, porque el principal argumento para ser considerado en el equipo era la garra, y a Rodrigo le sobraba, desde que la aprendió a manejar cuando fue niño, como aquella vez en que su travesura lo dejó colgando en la punta de un fierro que le atravesó el brazo por intentar meter-

se al coliseo estando cerradas sus puertas. La sangre derramada tiñó la pared por largo tiempo. En varias ocasiones Rodrigo Mogrovejo tuvo oportunidad de actuar como titular en el estadio 9 de Mayo, de Machala; particularmente recuerdo que luego de una actuación brillante ante público numeroso y exigente, estuvo tan feliz, y después de merecer los elogios de la crítica radial, que hizo una celebración durante varios días. Ganarse el puesto entre el grupo de élite era cuestión sumamente exigente, de manera que en cualquier momento se lo podía perder. El “Gordo” Mogrovejo recuerda que frente al Everest se dio el lujo de pisar la cancha aunque sea por el mínimo tiempo de un minuto y medio. La revancha se la tomó cuando jugó por LDU del Machala, en un enfrentamiento contra el equipo de su tierra, en ese momento su ex equipo. Contrariando sus sentimientos, atento a los mandatos del honor futbolístico tuvo otra excelente actuación, al punto de marcar un gol. Circunstancia que le permitió decir al periodista Pepe Valdivieso de Radio Trébol (Zaruma): “No hay peor cuña que la del mismo palo”. La rueda moscovita instalada a pocos metros del arco sur difundía por sus altoparlantes aquella narración, con todos los comentarios inoportunos. Pocas actuaciones, suficientes para dejar abundantes temas de recordación.

El medio campo

Aquí radicaba toda la chispa, la picardía y la sorpresa de Vicente Jara (Chuchuca), para prender el motor del equipo. Jugaba con los pies, con las manos, la cintura y la boca; protegía la pelota como si fuera propiedad privada, haciendo amagues y gambetas que desconcertaban al rival. Cuando menos se lo esperaba estaba lanzando un pase hacia el otro extremo de la cancha, creando vacíos que se aprovechaban para llenar de goles el arco rival. Aquí era cuando jugaba con la cabeza: pensando la jugada y todas las picardías para enardecer el ánimo del contrario. Con su voz chillona, acelerada y de baja tonalidad, parecía que no decía nada, ni se le veía mover los labios; y sin embargo desarmaba rivales moralmente para luego rematarlos con sus dribles, fintas, tacos, sombreros y cuanta magia pudiera salir de su cabeza y de sus pies. Siendo pequeño de estatura fue el más grande entre todos, sin

que lo escrito produzca resentimientos, ya que para cualquiera hubiera sido un lujo y un honor recibir un pase de Vicente y ser compañero de su equipo. Se dice que Barcelona de Guayaquil quiso contratarlo, sin saber que nuestros jugadores pedían un precio sumamente alto: vivir en un pueblo casi perfecto, en un paraíso de paz y armonía como Portovelo, donde todos eran amigos y nunca se sintió la pobreza gracias a la solidaridad que fue la columna vertebral de los valores criollos, de la cultura obrera, de los mitos y leyendas.

El segundo motor, el que empujaba la carga pesada recorriendo toda la cancha durante los 90 minutos, fue Ricardo Mora “Chicho”, un compañero de escuela de este melancólico narrador, que fue bastante odioso y se cargaba demasiado con sus bromas pesadas. Así aprendería a soportar tanto peso y la responsabilidad de ser el volante de contención del equipo. Desde niño era vicioso para la pelota, a la que prefirió siempre, porque le abrió los alveolos pulmonares para tener una resistencia digna de toda envidia. No se cansaba nunca y nadie imaginaba de dónde sacaba tanta potencia, aunque era de “pura pepa”. El orgullo de su padre don Ricardo y el pretexto para evitar las reprimendas de su mujer, doña Gloria Ramírez. De manera que cuando ella lo esperaba en la madrugada, con los brazos cruzados, muy firmes, amenazándolo con una paliza, don Richard suplicaba clemencia apelando a su hijo: “Hazlo por Chicho” le decía a su furiosa mujer, la que en verdad era un dechado de virtudes y bondad. Así que Chicho jugaba sendos papeles, dentro de la cancha y dentro de la casa. Su mayor conquista fue la contratación por el Carmen Mora, equipo de primera categoría con sede en Pasaje, que lo llevó a pisar el gramado del estadio Olímpico Atahualpa de Quito. Ha sido profesional del fútbol al ciento por ciento. Ahora labora como preparador de equipos y tuvo su propia escuela de fútbol. Su hermano Roberth también tiene parte en esta historia, mas no como titular del equipo. Lo veremos (leeremos) enseguida.

Mientras Robert estudiaba en Cuenca y formaba parte del equipo de fútbol de Liga Universitaria de Cuenca, conoció a renombrados estrategas: Leonel Montoya, que para esos tiempos dirigía a la oncena universitaria y al viejo argentino Carlos Alberto Raffo, timonel técnico del Deportivo Cuenca. Estos dos zorros ex-

perimentados del fútbol habían tenido noticias de que al sur, en el pueblo de Portovelo existía un equipo que jugaba exquisitamente gracias a un plantel de magníficos jugadores. Entonces se propusieron viajar a Portovelo, comprobar lo que para nosotros era evidente y tratar de llevarse algunos refuerzos al frío morlaco. En la práctica no se dio, porque sacar a un jugador del Río Amarillo era tarea casi imposible, como se ha dicho; tanto porque ellos mismos no lo habrían aceptado, como tampoco la afición lo hubiera permitido. Pero lo bueno de esta gestión fue que el equipo difundía su trayectoria por otras esferas y cada vez cobraba mayor prestigio y fama. Esto pudo haber motivado a que se iniciara la feliz aventura de buscar el ascenso al profesionalismo. De Roberth se sabe que en Cuenca su entrenador le decía “Corbata”, mas no por tener el mismo juego del reconocido astro argentino, sino porque se hacía nudo con la pelota en los pies. Así lo contaba su cuñado Elicio Sotomayor “el Reyquito de la cantera”; revelación que hacemos de un pasaje demasiado conocido, para librarnos de caer en otra cosa que no sea revivir la alegría de ese pueblo, hoy por hoy demasiado pusilánime.

Con todo, Roberth se dio el lujo de disputar el ascenso en la Liga Cuencana, siendo compañero de otro orense, nacido en El Guabo, que estudiaba leyes y luego fue presidente de la Corte de Justicia. Pero la mayor trascendencia lograda por este querido amigo fue la de haber sido el médico fisioterapeuta del mismísimo Barcelona Sporting Club durante algunos años. Siendo alumno predilecto del Dr. Bosco Mendoza, éste lo ubicó en el equipo, en donde no sólo se dedicó a sobar las piernas y músculos de los jugadores, sino que también fue un guía espiritual, orientándolos en la devoción por la Virgen de El Cisne.

El siguiente en la lista de irremplazables fue el peruano Segundo Ponce (primera incorporación extranjera), un mediocampista tipo número 8 clásico (ahora que los puestos definidos casi no existen), de esos que defienden y atacan, devorándose la cancha entera; especialista en tiros de larga distancia y certero para poner en los pies de sus compañeros pases “milimetrados”. Prototipo del fútbol moderno y renovador de los sistemas que consideraba obsoletos. Por supuesto que para cumplir esta función se requería una especial preparación física y un cuidado personal

que él mismo se prodigaba. Llegó a Portovelo invitado por sus parientes de la familia Moreno, en cuya casa vivió al comienzo, hasta que obtuvo la “nacionalidad” de portovelense, casándose con una chica del pueblo. Aún vive allí, contemplando el crecimiento de su descendencia. Segundo mantenía el carácter más serio de todos, era muy reservado y prudente, hasta que se descubrieron sus cualidades de cantante y la gente lo hacía cantar en cada reunión social, de esas que nunca faltaban en los buenos tiempos.

De la “Avenida” surgió por derecho natural el colorado Jorge Mocha “Cobeña”, también jugador de todo terreno; de baja estatura compensada con excelente físico y haciendo derroches de energía y voluntad. Salía de la cancha rojo por el esfuerzo, lo que le hizo merecer el título de “Colorilla”, prestado del jugador barcelonista Coronel. Se fue de Portovelo aún siendo soltero.

Del Camión Ramírez, nacido en Zaruma y fallecido cerca de Piñas en accidente de tránsito, debemos destacar primero que su ingreso permitió romper ese fastidioso tabú del “mini regionalismo” que mortificaba a Zaruma y Portovelo. Un resentimiento quizás justificado por el abandono en que siempre mantuvo a Portovelo la Municipalidad de Zaruma, y que nunca fue subsanado. Portovelo necesitó hacerse parroquia rural, venciendo la tenaz resistencia de los zarumeños egoístas (porque la mayoría eran buenos amigos y admiradores de las chicas de Portovelo), para optar posteriormente la cantonización, hecho que no le trajo la felicidad esperada. En todo caso, Ramírez abrió el camino, rompiendo las trabas, para la integración que hacía falta (porque Guillermo Motoche era casi portovelense) para evitar cada bronca en que terminaba un encuentro entre equipos de las dos ciudades hermanas, nacidas de un mismo parto y con historia paralela. El “Camión”, alto, espigado, era del físico que hacía falta para el juego aéreo. Duró poco tiempo en la alineación y su vida misma fue corta, la que ofrendó por querer llegar puntual a un partido de fútbol en Machala. Su fallecimiento enlutó al fútbol y unió a las familias de los pueblos que aun siguen pendientes de la cordillera y sus vetas minerales.

De Ángel Jara “Panela” se diría que fue un jugador anticipado a su tiempo, anterior a la aparición del fútbol que impuso la “Naranja Mecánica Holandesa” entre 1974 y 1978: el fútbol total.

Panela jugaba en cualquier puesto, defensa, puntero y volante de creación, experto en filigranas, además de tener aptitudes para cobrar los tiros libres con chanfle. Como aquel que ejecutó ante el arquero Manuel Ordeñana en ese memorable partido frente al Everest de Guayaquil. Ordeñana no supo por dónde le entró el balón, sólo se dio cuenta de que estaba en el fondo de su arco y sus únicos reflejos fueron “maldecir” la calidad de un desconocido para él, por haberlo humillado ante una provincia entera. Sucedió en una Fiesta de Portovelo. Panela fue tan polifuncional que figuró en el trío de César González —como quedó escrito— haciendo las proezas del “volante”, sacando toda bola de los más difíciles rincones de la cancha. No le habría gustado el básquetbol porque es demasiado “patucho” y diría que ese era un deporte para anifiados. El amor a su tierra y el afecto a las campañas políticas que ya se iniciaron en Portovelo —con todas sus regalías— impidieron que Panela triunfara en el plano profesional, condición que él mismo admite porque fue feliz con lo que hizo y con lo que tuvo, sobre todo la confianza de la gente.

No me puedo olvidar de Marco Feijoó ni de Montañita Jara, la generación juvenil del Río Amarillo, formados en la Liga Estudiantil de Portovelo (LEP) que dirigían Emilio Vallejo y el mal entrenador Omega. Montañita era detalloso hasta para correr pero lo hacía mejor al cobrar tiros libres; Marco era otro de los infatigables, esa condición que ahora como médico podrá interpretar quizás como rasgo genético o cultural. A ellos posteriormente se unieron Eduardo Moreno y la “Pulga” Eduardo Narváez, quien hubiera sido el mejor sucesor de Chuchuca —de no ser por sus debilidades masculinas y su indisciplina—. Pese a todo llegó a ser incorporado en Liga de Portoviejo, después de haber estado a punto de entrar a la Liga de Quito, por gestiones de este su amigo, quien en horas tardías le recrimina su descuido. La pulga hubiera sido el mejor futbolista portovelense de todos los tiempos, oportunidades no le faltaron; quizás fue demasiado pequeño —de allí su apodo— aunque tenía piernas insensibles al dolor y se sabía todas las mañas para la protección del cuerpo y del balón.

En la delantera

La línea de vanguardia se basaba en los desbordes por las puntas encargadas a dos gambeteadores de potente disparo: “Peto” Muñoz Y el “Mocho” Marco Moreno, a los que se podía sumar Panela Jara. Estos enviaban centros para el aprovechamiento de otros dos centro delanteros o puntas de lanza: el insigne cabeceador Luis “Champemo” González o la fuerza arrolladora de Celso López.

El Mocho era “sobrado”, su padre tenía suficiente dinero para darle una vida de comodidades con tiempo suficiente para jugar. Su estilo era bastante simple, soltaba la pelota por la punta y en base a su potencia iba esquivando marcadores hasta llegar al fondo, desde donde sacaba los centros. Estuvo en Quito, jugando en el América, pero como le sucedía a todos, más pudo la atracción del terruño que las ansias de gloria nacional. Este fenómeno cultural de la territorialidad lo veremos a manera de conclusión, porque arraiga a la gente como hiedra. Otra de las causas que lo atarían sería su afición por las chicas bellas, ya que se dio el lujo de enamorar a las mejores de Portovelo y terminó casándose con una Reina de Zaruma. Para quien esto escribe existe una experiencia—recuerdo vinculada a este gran jugador y resulta una de sus hazañas futbolísticas. Jugábamos en el equipo de Liga Estudiantil (LEP) cuyos entrenamientos se realizaban en la única cancha para fútbol —la única que está sostenida en una gruesa capa de arenas minerales riquísimas en oro—. En cierta ocasión nos tocó entrenar haciendo frente a los cracks titulares del Río Amarillo, y a este sencillo, flaco entonces y débil jugador, le tocó marcar al potente Mocho Moreno, al que no le dejó hacer una sola jugada para lucirse. Así fue todo el entrenamiento —claro que el Mocho no habría puesto toda su versatilidad al enfrentarme—, pero terminó diciéndome: “Oye garza, dejarás hacer una siquiera”. Para Marco Moreno este episodio habrá pasado al olvido, mas no para el defensor que aquella tarde tuvo una hazaña inolvidable.

En esta parte del relato hay otro episodio sustancial; el de Marcelo Moreno “Posisa”; elegante como ninguno para manejar la pelota; hasta para la foto; jugó en el Juvenil y su futuro apuntaba a lo más alto. Realmente era un deleite verlo repartir el balón,

pero el gusto le duró a él y a nosotros muy poco tiempo. El rato menos pensado le encontraron una dolencia renal, fue sometido a cirugía y su peor castigo –inmerecido por cierto– fue el tener que retirarse prematuramente del fútbol intensivo. Todos lamentamos el hecho, pero él con su firme personalidad salió adelante, haciéndose gallero de casta.

Peto Muñoz alternaba en la titularidad de la punta izquierda siguiendo la táctica elemental de esos tiempos: desborde al filo de la raya y pase al centro de la zona de candela. También tenía un potente disparo y un físico, aunque de talla pequeña, que era de puro músculo. No se mostraba muy locuaz, pero no le hacía falta, porque su silencio lo llenaba con fútbol, la herencia de su familia. Sólo su hermano Víctor prefirió los libros de historia y la investigación arqueológica antes que el fútbol. También le ha ido muy bien en esta afición.

Vamos llegando al final de la alineación, con los dos centro-delanteros; quienes ponían la puntada final y cosechaban los aplausos cantando sus goles frente al público. Celso López “Comecachos” llegó a triunfar a punta de tesón; insistió tanto en ser futbolista que al final se ganó la titularidad pese a las bromas de todo calibre que desde afuera le gastaban sus compañeros. Mucho le ayudó su físico, alto y fuerte, para disputar la pelota en la zona candente con pura prepotencia. Así marcó goles hasta al propio Ñato García del EMELEC.

Desde que fuimos compañeros de escuela, junto a su compadre Jorge González “Pata de Loro”, le encantó el deporte. En ese grado se desarrolló una generación deportiva y de profesionales exitosos: “Chicho” Mora, “Palito” Oswaldo Fárez, “Perita” Aguilera, “EL Viejo” Rodrigo Aguilar, Rodrigo Mogrovejo, Carlin Feijoó, Byron Sigcho y Celso, el mayor de todos, que en sexto grado ya frisaba la pubertad.

Hay gente nacida para el deporte, y existe Celso que nació para el Río Amarillo, equipo en el que sigue manteniendo las esperanzas de la clasificación, del ascenso de categoría. El mantiene viva la efervescencia por el equipo; organiza encuentros de ex jugadores y pienso que cuando le llegue la hora de retirarse se llevará un balón al infinito. El tesón inicial que manifestó lo ha orientado su vida entera a favor de Portovelo, del Río Amarillo y

de todas sus causas.

Y llegamos al mayor goleador, el de la “cabeza mágica”, Luis González “Champemo”, cuyo apodo lo debe a una chompa que usaba y tenía en la espalda la marca “Champion”. Una vez le pregunté cómo aprendió a cabecear con tanta fuerza, o qué técnica empleaba para darle aceleración a la pelota con un golpe de cabeza. Me contestó que no sabía de dónde le salió esa habilidad; simplemente venía desde atrás de la zona de candela, zigzagueando, saltaba, cabeceaba la pelota y la mandaba al fondo de los piolines. Era innata su capacidad. Y así lo ha demostrando, teniendo “buena cabeza” para progresar en su vida privada, ahora que cumplió los sesenta años.

Por su calidad indiscutible, por aquel talento genético que se acrecentó con las prácticas cotidianas el equipo destacó a nivel de la región austral, y varios jugadores fueron tentados para actuar en diferentes equipos, como se ha mencionado: Vicente Jara por el Barcelona, Marco Moreno por el América de Quito; el “Ronco” César Ramírez que fue entrenador ya había pasado por el fútbol profesional de Guayaquil, en el club Everest. Pero sólo Champemo, Celso y Chicho ingresaron al profesionalismo: fueron comprados por el Carmen Mora de Encalada, cuya sede era la ciudad de Pasaje. Lo bueno fue que en su debut ante el EMELEC, en partido amistoso, tanto Champemo Como Celso anotaron los goles del triunfo. Claro que este pase nos llenó de orgullo, pero también significó el desmantelamiento del Río Amarillo, que se quedó sin tres piezas fundamentales y el artillero más certero de todos. Fue el comienzo del ocaso, como a cada jornada brillante le llega su hora final.

Vestir la casaquilla original del Río Amarillo, aunque sea prestada por 90 minutos, era el sueño de todos los varones de Portovelo y la comarca entera. Esa suerte fue lograda por unos cuantos muchachos que acreditaron el ingreso al círculo exclusivo: Galo Patiño, puntero veloz y joven; Renato Romero, uno de los mejores futbolistas que ha dado Zaruma, porque nació y creció junto a la cancha del colegio 26 de Noviembre, practicando aunque sea solo hasta que fuera la hora de entrada a clases. En los juegos de veteranos pudieron lucir: el buzo de arquero, “Pamalo” Montesinos; la No. 11 de puntero izquierdo neto, el Mayor Mar-

co Gallardo; así como el Dr. Enrique Gallardo (zarumeño); Byron Sigcho fue parte del equipo en presentaciones muy esporádicas debido a su ocupación de profesor en la Universidad Central de Quito; pero hizo su despedida de las canchas luciendo esa camiseta que le prestó su compadre Champemo, una camiseta que aún pesa bastante y que hasta hoy no encuentra medida paralela.

Estamos seguros de no equivocarnos al incluir en esta lista de titulares al alternantes a “Gorritas” Luis Ramón, eterno utilero, dispuesto y atento atrás de la línea de cal; tampoco tenía sueldo y su única recompensa será haber integrado en “tándem” de la historia. El experto en masajes, muy conocedor de su ciencia, le bajaba una hinchazón en cuestión de instantes a una pierna herida: Guillermo “Cometierra Mora, ex boxeador, les puso nombres de boxeadores a sus hijos, entre los que sobresale Eugenio como futbolista (aunque no tuvo el físico de su referente Eugenio Espinoza).

Cuerpo técnico y asesor

Los primeros entrenamientos, antes de los campeonatos de ascenso, fueron dirigidos por Emérito Rodas “Omega”, de profesión relojero, la razón de su apelativo. No sabríamos decir dónde aprendió la ciencia del fútbol y si de verdad la aprendió, porque en realidad era muy poco lo que sabía. El basaba sus estrategias en la inspiración de los muchachos, más que en la prodigación de tácticas o estudio de sistemas. Más bien ayudaba dando aliento con su buen sentido del humor, aunque su rostro de poblado bigote blanco le daba la apariencia de hombre riguroso. En su pequeño taller componía relojes de cuerda que llegaban a sus manos por una especie de epidemia que padecían estos aparatos: “el eje”, era su eterno diagnóstico. Tuvo mujer e hijos pero siempre vivió solo, en la parte posterior de su taller, hasta que la diabetes se lo llevó de este mundo ante la consternación general.

Para mejorar la elemental instrucción técnica que había transmitido Omeguita, fue invitado a ocupar el puesto un viejo conocedor y ex jugador profesional, el “Ronco” César Ramírez. Justo para esos años él había abandonado Guayaquil donde custodió el arco everiano y buscaba asentarse definitivamente en su tierra

que lo atraía como imán. Con toda la seriedad que le caracterizaba, acompasada de su voz ronca, imponía orden, siendo bastante “detallado” en su expresividad. Compartió experiencias más que tácticas, llevando la obligación de mantener siempre victorioso al equipo. También fue excelente amigo y mejor cocinero –junto al chef Nery Sigüenza- quienes en noches de bohemia se volvían expertos en cocinar arroz que luego repartían en forma de bolas. Tuvimos varias veces la suerte de saborear tanta exquisitez, una de ellas en casa de Patricio Aguilera, que en una sola noche nos dejó consumir la reserva familiar para la semana entera. Después se inventaron algunas perversidades, exagerando lo que fue un momento inolvidable en la vida de esta gallada. César ahora vive en Machala, bastante apartado de su antigua “parcería”, quizás para no sentir el reflejo de los años en el rostro de sus viejos amigos.

Cuando llegó la época más seria, la disputa del ascenso, fue contratado el uruguayo Julio César Berrueta, quien arribó lleno de pergaminos y con un voluminoso álbum de reportajes periodísticos que hablaban de sus triunfales actuaciones. Para la modestia del pueblo significaba un gran honor su presencia, además de que venía precedido de sonados éxitos recién logrados en el fútbol colombiano (entonces mucho mejor que el ecuatoriano). Lo acompañaban sus dos hijos y una hermosa, delicada y frágil esposa de nombre Rosita, rubia de nariz respingada y voz afinada. Inmediatamente se hizo querer de la “alta sociedad” zarumeña y de Portovelo, que la invitaba a todo acto social, porque además era experta en artes culinarias.

Con Berrueta la cosa ya era totalmente seria. Él cobraría una buena suma de dinero en virtud del título que exhibía como entrenador profesional. También jugó al principio y empezaron a darse los marcadores a favor. La carrera por el ascenso era meteórica y se pisaba el umbral del profesionalismo: parecía que el sueño se haría realidad de la mano de Berrueta. La afición viajaba en cualquier medio con tal de apoyar a su ídolo; ni las grandes barras de hoy: Sur Oscura y Boca del Pozo, podrían compararse a la del Río. Amontonados encima de una volqueta, así lloviese o quemara el sol, a cualquier hora de la madrugada regresaban extenuados pero felices, y casi siempre empapados de trago. La euforia unía

más que nunca a un pueblo que nació y creció fortificado como el acero, haciendo de todos una gran familia (si olvidamos los normales incidentes que se dan al interior del más religioso clan).

Pero llegó la tormenta, los desacuerdos y desavenencias: Berrueta sacó a relucir un mal temperamento oculto, indujo a las peleas en pleno campo de juego. Así como elevó al equipo, de la misma altura lo precipitó. Tuvo problemas con su esposa, que terminó abandonándolo, cayó en la desgracia, volvió a Guayaquil, enfermó de gota, se agravó en medio de tremendos dolores, sin dinero para los remedios. Entre sus allegados de Guayaquil se hizo una colecta de 200 mil sucres y finalmente el Deportivo Quito le obsequió pasaje de regreso a su patria Uruguay, donde finalmente falleció. Su contradictoria estadía en Portovelo estuvo imbricada de momentos felices y los amargos, con la compañía de dos paisanos que llevó a probar suerte en el equipo: sus compatriotas Ricardo Martínez y Duré.

Por las informaciones del Dr. Roberth Mora es imprescindible mencionar el nombre de Galo Martínez, que ejerció una especie de funciones diplomáticas, coordinando las actividades, desplazamientos y funcionamiento del equipo, siendo quien recomendara la contratación de los jugadores Duré, Martínez y la de Julio César Berrueta.

En realidad estos dos contratados resultaron verdaderos paquetes, que no pueden pasar en esta historia, salvo porque quisieron correr una aventura en tierra de gente bondadosa y totalmente confiada. Después se supo que Duré había sido panadero y Martínez aspirante a jugador. Se fueron sin pena ni gloria.

Segunda generación

Sintiendo el peso de los años los primeros cracks comenzaron a dar paso a los muchachos que habían crecido bajo su sombra, fue la hora de "Coco" Moreno, y de Fernando su hermano menor, de pésimo carácter en la cancha; Galo Alvarado, Eduardo Moreno, Sarmiento, González, Granda; el "Chivo" Giovanni Zambrano, recién llegado del EMELEC campeón juvenil, entre otros; Panela seguía en actividad y Vicente "Chuchuca" haciendo sus diabluras. También fueron las despedidas de Gustavo "Maggereger,

Celso López, Nery el Viejo, Guillermo Motoche, Chicho Mora y Peto Muñoz Aunque no alinearan jamás o muy de repente, entrenaban con el equipo dos amantes acérrimos del fútbol: Leo Alvarado, ahora médico director del Hospital del IESS, y Nayo Alvarado, compañero del equipo Milán, quien nos regalo muchos datos para este cuento y tiene una afición bárbara por el fútbol y su club del alma.



“Nayo” y la “Pulga” fueron llevados al Audaz Octubrinero por el difunto dirigente Raúl Nuñez, donde compartieron el balón con el legítimo “Diablo” Oscar Achilier (una mole musculosa), Pedro Latino, Rosales, Lomas, el “Cuy” Vega; pero llegó “la Mona” Moacyr Pinto y los votó del equipo. La Pulga se fue a Liga de Portoviejo y Nayo continuó sus estudios universitarios. Antes de esa retirada pudo mostrar sus condiciones en un choque frente a Barcelona, de Guayaquil, con el pavo Noriega de titular. Entre los partidos memorables de esta generación consta el que jugaron contra Barcelona de Tenguel, al que le dejaron –a domicilio– el saquillo con siete goles. El último recuerdo les queda del encuentro frente a la Selección de la Península (Santa Elena) liderada por el Potro Muñoz, cuya familia es oriunda de El Faique. La pasión por el

fútbol podrá ser irracional, contra revolucionaria, opio de pueblos, pero no radica en el cerebro, piensa y obra según los mandatos del corazón.

Con el pasar de los años se vivía sólo de recuerdos, de encuentros sociales para revivir el pasado, como ha sido nuestra idiosincrasia. Roberth Mora llevó al conocido periodista Petronio Salazar a conocer el terreno –el piso más caro del mundo- donde el equipo cosechó tantas glorias. Pero el firmamento se hallaba sin sus estrellas y Salazar sólo recogió la admiración y gentileza del pueblo. A los pocos meses murió de una manera casi inesperada. Pasaron 32 años de sequía, hasta cuando en el año 2008 se recuperó la categoría y nuevamente los latidos de corazones, algunos cansados y los de las generaciones nuevas, hicieron retumbar los graderíos del 9 de mayo. En Julio del 2010 Río Amarillo logró la mejor posición de toda su historia, al ocupar el tercero de la tabla, aunque no le alcanzó para la siguiente fase. De esta tercera época lo que más interesa a los jugadores, en su mayoría foráneos, es el sueldo.

Conclusiones

El aficionado al fútbol –millones de aficionados- al verse apropiado de su equipo, al sentirse inherente al triunfo o culpable de las derrotas y un poco mecenas y dueño de una expresión de su esencia; vive el derecho de opinar, orientar, condenar y ordenar -a través del reclamo y su intensidad emocional- el funcionamiento y hasta la alineación de su ídolo. De esto obtenemos el sustento para hacer una interpretación particular y de proponer ciertos análisis de los más reputados escritores de fútbol: Eduardo Galeano, Jorge Valdano y Jorge Barrasa, de quienes hacemos citas que nos parecen elocuentes al enfocar los dilemas, bondades y fortalezas de este fenómeno holístico que es el fútbol.

En nuestro tema exclusivo, los pasajes narrados y vividos por el río Amarillo y su entorno son vitales para la discusión deontológica en los tiempos actuales sobrecargados de modernismos, encaminado a la post humanidad con artificios y tecnología, decorada con artilugios de consumo masivo. Tiempos preocupados de abolir el principio de soberanía, de vaciar el cerebro para rellenar-

lo con deshechos del pensamiento y delirios imposibles.

Comenzaremos reproduciendo al gran escritor Eduardo Galeano, leído y amado por los hombres libres y por los pobres, repudiado por quienes manejan el poder y producen el hambre del mundo. Galeano recorre el mundo atrás de un balón de fútbol y saca conclusiones de diversa índole, en algunos casos opuestas entre sí, evidencias que señalan las opciones de la práctica y la afición; para el show bussines o para reforzar la identidad de los pueblos y aumentar la efervescencia del civismo:

“El club árabe Bnei Sakhnin y el club checheno Terek Grozny, flamantes campeones de Israel y de Rusia, tienen algunas cosas en común con la selección nacional de Irak. Se trata de equipos que de alguna manera representan a pueblos que no tienen el derecho de ser lo que quieren ser, que padecen la maldición de vivir sometidos a banderas ajenas, despojados de su soberanía, bombardeados, humillados, empujados a la desesperación.

“Y por si todo eso fuera poco, los tres son equipos modestos, desconocidos o casi, sin ningún jugador famoso, y pobres. En realidad, ni siquiera tienen estadio. Nunca juegan en casa, nunca son locatarios. Son equipos errantes, condenados a jugar en tierras extrañas y ante tribunas vacías. En la aldea de Sakhnin, en Galilea, nunca hubo un estadio ni cosa semejante, aunque el gobierno israelí lo ha prometido varias veces. El Terek jugaba en el estadio de Grozny, que está clausurado desde que los independentistas chechenos colocaron, allí, una bomba bajo la butaca del presidente impuesto por los rusos. Y en Irak sólo hay campos de batalla. Ya no quedan campos de fútbol. Las tropas de ocupación, que a esta altura han olvidado ya los pretextos de su invasión criminal, han convertido los espacios deportivos en hospitales o en cementerios. Donde estaba el estadio de Bagdad, hay ahora una base militar que alberga tanques de los Estados Unidos. La selección iraquí entrenó en campos donde pastaban los rebaños de ovejas”. Son extremos escenarios de un ejercicio que jamás declinó, y por el contrario, se adapta a cualquier terreno, así como cuando jugábamos índor-fútbol al filo de un barranco o sobre planicies de cascajo. De cualquier manera el fútbol entró a formar parte de las identidades, lo que fue aprovechado por las empresas multinacionales de la globalización, para convertirlo en negocio y artificio del marketing.

“Un símbolo poderoso, un asunto misterioso: no se sabe por qué, aunque no faltan teorías, pero el hecho es que en el mundo de nuestro tiempo, mucha gente encuentra en el fútbol el único espacio de identidad en el que se reconoce y el único en el que de veras cree. Sea como fuere, por los motivos que sea, la dignidad colectiva tiene mucho que ver con el viaje de una pelota que anda por los caminos del aire.

“Y no me refiero sólo a la comunión que el hincha celebra con su club cada domingo desde las tribunas del estadio, sino también, y sobre todo, al juego jugado en los potreros, en los campitos, en las playas, en los pocos espacios públicos todavía no devorados por la urbanización enloquecida.

“Enrique Pichon-Rivière, psiquiatra argentino, amoroso estudioso del dolor humano, había comprobado la eficacia del fútbol como terapia de las patologías derivadas del desprecio y de la soledad. Este deporte compartido, que se disfruta en equipo, contiene una energía que mucho puede ayudar a que aprendan a quererse los despreciados y a que se salven de la soledad los que parecen condenados a incomunicación perpetua”. Nada más cierto y efectivo para contrarrestar el stress –decimos los que ya estamos acorralados por esta ansiedad–; nada más adecuado para ratificar lealtades entre los verdaderos amigos que nos apartan de la soledad.

“Es muy reveladora, en este sentido, la experiencia en Australia y en Nueva Zelanda. Allí, las lenguas nativas no conocían la palabra “suicidio”, por la sencilla razón de que el suicidio no existía en la población aborígen. Al cabo de algunos siglos de racismo y marginación, la violenta irrupción de la sociedad de consumo y sus implacables valores han logrado que los indígenas elijan ahorcarse. En estos últimos años, sus niños y jóvenes han registrado los índices de suicidios más altos del mundo.

Ante ese panorama aterrador, de tan profundas raíces, de raíces tan rotas, no hay fórmulas mágicas de curación. Pero por algo coinciden los testimonios de la linda gente que trabaja contra la muerte. Son sorprendentes los resultados de esta terapia capaz de devolver los perdidos sentimientos de pertenencia y fraternidad: el deporte, y sobre todo el fútbol, es uno de los pocos lugares que brindan refugio a quienes no encuentran lugar en el mundo, y

mucho contribuye al restablecimiento de los lazos solidarios rotos por la cultura del desvínculo que hoy por hoy manda en Australia, en Nueva Zelanda y en el mundo” (Eduardo Galeano). La bondad de “fútbol auténtico” como terapia hasta para salvar vidas. La perversidad que está del otro lado, es la manipulación que hace el mercado y la manipulación que permiten las grandes estrellas. A excepción del sensacional Eto’o, nacido en la etnia Bamoun, quien dona casi la totalidad de su cuantioso sueldo para remediar el hambre de su pueblo camerunés.

“La historia del fútbol es un triste viaje del placer al deber. A medida que el deporte se ha hecho industria, ha ido desterrando la belleza que nace de la alegría de jugar porque sí. En este mundo del fin de siglo, el fútbol profesional condena lo que es inútil, y es inútil lo que no es rentable...

“El juego se ha convertido en espectáculo, con pocos protagonistas y muchos espectadores, fútbol para mirar, y el espectáculo se ha convertido en uno de los negocios más lucrativos del mundo, que no se organiza para jugar sino para impedir que se juegue. La tecnocracia del deporte profesional ha ido imponiendo un fútbol de pura velocidad y mucha fuerza, que renuncia a la alegría, atrofia la fantasía y prohíbe la osadía. Por suerte todavía aparece en las canchas, aunque sea muy de vez en cuando, algún descarado carasucia que sale del libreto y comete el disparate de gambetear a todo el equipo rival, y al juez, y al público de las tribunas, por el puro goce del cuerpo que se lanza a la prohibida aventura de la libertad”. (Eduardo Galeano: El fútbol a sol y sombra.)

Joseph Blatter y todos los presidentes de la FIFA han tenido tanto poder como el Secretario General de la ONU, habiendo sido capaces de imponer condiciones a un país para la realización de un partido. Por ejemplo Ecuador rechazó la presencia del árbitro boliviano René Ortubé en nuestro territorio, por ser un inmoral que perjudicó en forma evidente a nuestra selección en un partido vital frente a la Argentina. Pero un cable llegó al despacho del presidente Rodrigo Borja prácticamente obligándolo a aceptar el ingreso de este individuo para que pite otro partido de la selección, esta vez en territorio ecuatoriano. Ya en pleno siglo XXI los medios de comunicación peruanos calificaron de “robo” la actuación del árbitro boliviano René Ortubé, culpándolo de haber

perjudicado claramente a la selección dirigida por el desafortunado José “Chemo” De Solar y de influir en la derrota Argentina en el estadio Monumental de Lima. Ortubé acaba de retirarse del referato para tranquilidad de los débiles.

Por suerte —o por conveniencia y suspicacia— la FIFA no prohibió o no pudo hacerlo, el uso de aquellos fastidiosos pitos llamados “vuvulezas”, que hacían sonar los sudafricanos como plaga de langosta. Era su derecho porque estaban en su país y nadie —por más poder que tuviera— les ordenaría cómo debían traicionar sus costumbres. Aunque fastidiosos para el resto del mundo, los sudafricanos hicieron valer su soberanía y la tradición que los identifica.

El gol “robado” de forma insolente a Inglaterra en el partido contra Alemania se habría sancionado válido si fuera permitido el uso de ayudas electrónicas y sensores en una actividad tan falible como el arbitraje de fútbol. Así debe admitirse en cualquier campo donde la tecnología pueda ayudar a ejercer la justicia. Pero no, en el caso de la FIFA, le impediría meter la mano en los partidos y orientar un resultado según los intereses temporales de los magnates. Aplicando controles electrónicos infalibles y más certeros que el ojo humano —el mismo ojo que aprovecha los radiotelescopios para descubrir el universo en que vive— ya no será posible inclinar la balanza antes de comenzar el partido y decidir un resultado antes de terminar los 90 minutos.

La ironía de Galeano le lleva a preguntar “¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que de él tienen muchos intelectuales.

En 1880, en Londres, Rudyard Kipling se burló del fútbol y de “las almas pequeñas que pueden ser saciadas por los emba rrados idiotas que lo juegan”. Un siglo después, en Buenos Aires, Jorge Luis Borges fue más que sutil: dictó una conferencias sobre el tema de la inmortalidad el mismo día, y a la misma hora, en la selección argentina estaba disputando su primer partido en el Mundial del 78’.

El desprecio de muchos intelectuales conservadores se funda en la en la certeza de que la idolatría de la pelota es la superstición que el pueblo merece. Poseída por el fútbol, la plebe piensa con los pies, que es lo suyo, y en ese goce subalterno se

realiza. El instinto animal se impone a la razón humana, la ignorancia aplasta a la Cultura, y así la chusma tiene lo que quiere.

En cambio, muchos intelectuales de izquierda descalifican al fútbol porque castra a las masas y desvía su energía revolucionaria. Pan y circo, circo sin pan: hipnotizados por la pelota, que ejerce una perversa fascinación, los obreros atrofian su conciencia y se dejan llevar como un rebaño por sus enemigos de clase.

Cuando el fútbol dejó de ser cosas de ingleses y de ricos, en el Río de la Plata nacieron los primeros clubes populares, organizados en los talleres de los ferrocarriles y en los astilleros de los puertos. En aquel entonces, algunos dirigentes anarquistas y socialistas denunciaron esta maquinación de la burguesía destinada a evitar las huelgas y enmascarar las contradicciones sociales. La difusión del fútbol en el mundo era el resultado de una maniobra imperialista para mantener en la edad infantil a los pueblos oprimidos". (La pelota como bandera, Eduardo Galeano). ¿Por qué los gringos en Portovelo dieron tanta importancia a la distensión de los trabajadores a través del deporte y los entretenimientos, al punto en que éstos lleguen a seguir admitiendo que "todo tiempo pasado fue mejor".

Sin embargo, el club Argentinos Juniors nació llamándose Mártires de Chicago, en homenaje a los obreros anarquistas ahorcados un primero de mayo, y fue un primero de mayo el día elegido para dar nacimiento al club Chacarita, bautizado en una biblioteca anarquista de Buenos Aires. En aquellos primeros años del siglo, no faltaron intelectuales de izquierda que celebraron al fútbol en lugar de repudiarlo como anestesia de la conciencia. Entre ellos, el marxista italiano Antonio Gramsci, que elogió "este reino de la lealtad humana ejercida al aire libre". (La pelota como bandera, Eduardo Galeano).

Otra versión importante puede ser la de Jorge Valdano, ex futbolista campeón de mundo con la Argentina de Maradona, ahora al servicio de la más grande empresa futbolística del mundo, el Real Madrid. Éste dice:

"Mi singularidad es haber dado la vuelta entera alrededor del fútbol. He sido futbolista en Sudamérica y Europa, en primera y segunda división, jugador en selección y entrenador en equipos modestos como Tenerife y grandes como el Real Madrid. También

asumí tareas ejecutivas como director deportivo. Toda esta experiencia vital me ha dado una perspectiva muy global del fútbol". "No me persiguen ni los momentos de frustración ni los de gloria, creo que es muy importante saber dar vuelta a la página cuando uno termina su trayecto como futbolista. Quedarse empantanado en la nostalgia es peligroso. El día después del final hay que tener el tiempo ocupado. Yo eso lo he logrado". Una experiencia que deben aprender nuestros futbolistas, aunque no tengan las mismas oportunidades que Valdano, un hombre que no se desprecupó de fortalecer también su cerebro. ¡Cuán doloroso ha sido el derrumbe de muchos astros que después de haber tocado el cielo se precipitaron en sus propios infiernos por haber desatendido los asuntos de la cultura y el requisito de la educación! De esto deriva la importancia de escribir un texto acerca del fútbol, para despertar a quienes aún suponen con inocencia que el fútbol es sólo un juego tonto en el que 22 jugadores y un árbitro van persiguiendo un balón.

Tiene que haber algo muy fuerte en la esencia del fútbol para que nos siga pareciendo apasionante. Los adultos tienen que ir a trabajar, los niños tienen que ir a clase, los católicos tienen que ir a misa... El fútbol, en cambio, tiene la ventaja de movilizar sin ser obligatorio y, quizás por esa razón, se ha convertido en un sistema psicológico de compensación barato y eficaz. Como todo se da en un plano simbólico ni siquiera importa quiénes encarnan el sentimiento.

Equipos célebres, como el Inter de Milán o el Arsenal, llegaron a jugar con once extranjeros, en eso consiste ser normal en estos momentos. En selecciones, Francia ya nos había dado un poderoso mensaje de integración cuando ganó el Mundial 98 con jugadores franceses de distintos orígenes. También Italia cuando integró a su selección al argentino Camoranesi, o España al brasileño Senna, o México incorporando a Guille Franco, con cierta polémica, antes del último Mundial, y ahora a Nery Castillo, un joven al que le sobran países (Uruguay, Grecia, México) con los que jugar. Es uno de los modos que tiene el fútbol de interpretar la globalización (subrayado del autor). Es en efecto, la forma nítida de vivir la interculturalidad si es honesta, y de hacer negocio con el multiculturalismo, que es la venta de símbolos y personas,

fenómeno del que al parecer nadie escapa o nadie se da cuenta a causa de la pobreza o de la ambición.

“Veintidós desconocidos se juntan en un parque de cualquier lugar del mundo para jugar un partido. Dos equipos: once juegan con camiseta y los otros once con el torso desnudo para facilitar la identificación. Los “sin camisa” son los míos, los “con camisa” son los otros. Después de un rato, puede ocurrir que la identificación vaya más allá de saber quiénes son de mi equipo para poder pasarles el balón, y quiénes son de los otros para quitárselo. Con los míos empiezo a tener una conexión emotiva; a los otros empiezo a verlos como enemigos. Antes del partido improvisado no conocía a nadie, pero a medida que pasa el tiempo los “sin camisa” se van convirtiendo en amigos. Se fue tejiendo una misteriosa red de solidaridades, de acoplamiento de roles, de diálogos hechos de códigos barriales. De algún modo, mientras jugamos, nos queremos. Es raro, ¿verdad? Pues de esa materia tan etérea está hecha el fútbol y el amor de los hinchas a unos colores.

Esa fuerza espiritual está implícita en las aficiones de todo el mundo. Antes, los ejes de la identidad de un club eran los jugadores y las camisetas. Hoy las camisetas son espacios publicitarios que se venden al mejor postor, y los jugadores van y vienen. Los únicos soportes de la identidad son ahora los estadios (auténticas catedrales laicas) y los aficionados (desinteresados, leales, apasionados...). Tan a pecho se están tomando los aficionados esa representatividad que llegan a la perversión de comportarse como ejércitos mafiosos. Esa es la razón por la que amenazan a sus propios jugadores, agreden a los árbitros, o le declaran la guerra a sus rivales (en prácticamente todo el mundo con matices más o menos violentos). Lo que el fútbol no acaba de resolver es lo mismo que no ha resuelto la globalización: si darle prioridad a la cultura, a los sentimientos y a la identidad, o dársela al dinero. Mientras nos decidimos, estaría bien que a nuestro querido fútbol le hagamos el menor daño posible” (Jorge Valdano, *El Fútbol y la identidad*: 10/06/2010).

La sabiduría madurada por Valdano, se demuestra en estas frases, implicando la importancia de la cultura y de la identidad dentro del campo de juego. “Jorge Valdano, fiel amante del deporte rey disfruta lo que realmente son: conversaciones con el

futbol en estado puro" (Nacah). Razones en una supuesta sinrazón que siguen dándole créditos y prestigio en el mundo entero, para convertirlo en autoridad en materia de balonpié. Hay bastante tela para cortar hablándose de fútbol, el rey de los deportes. Concluiremos con los comentarios de Jorge Barraza respecto del Mundial Sudáfrica 2010 con toda la hipocresía oculta o manifiesta y nuestras últimas confesiones.

"¿A quién se le ocurrió traer el Mundial acá?", gruñen por lo bajo muchos periodistas europeos. Europa es un continente maravillosamente preparado para estos eventos. Cualquiera pierde en la comparación con el Viejo Mundo. Pero la Copa está en África. Hay que democratizar, universalizar el Mundial, no puede ser patrimonio exclusivo de una región" (Por un Mundial de la alegría: Jorge Barraza). ¿Será que la FIFA está perdiendo poder o se halla obligada a fingir una democracia frente a las demandas del pueblo soberano?

Otra vez encontramos los argumentos de la interculturalidad: la convergencia de varias nacionalidades con su tecnología y cultura: líneas aéreas de Malasia; flota de autos y buses coreana; canción oficial interpretada por la colombiana Shakira; los futbolistas del momento resultaron el argentino Messi y el uruguayo Forlán (el pretencioso de Cristiano Ronaldo pasó desapercibido). La novedad la pusieron los pitos africanos, que ya se venden en todo el mundo. En realidad una fiesta intercultural. No sabemos si el racismo desapareció de veras o se veló temporalmente, porque la atención estaba más ocupada en las predicciones del pulpo Paul.

"Los blancos representan apenas el 9,2% de la población. Y virtualmente todos los trabajadores con los que uno debe tratar, son descendientes de los xhosa y los zulúes, las dos grandes etnias que componen esta nación. Los morenos se mueven, es verdad, a un ritmo parsimonioso. Carecen de nuestra histeria, viven con naturalidad, se dejan fluir. Los índices de desocupación y pobreza son altísimos, pero no hay crispación en ellos. No paramos de admirarlos por esto. No se escuchan bocinazos en el tránsito, nadie grita ni se altera" (Ibíd.). África es otro mundo.

"El pueblo sudafricano siente un orgullo desbordante por esta Copa Mundial. Sabe que hoy la patria de Mandela es el centro

del universo, ha hecho un plausible trabajo para estar a tono con la exigencia tecnológica y estructural que requiere esta competencia" (Ibíd.). África es un mundo que se muere de hambre.

"No hay transporte público en Johannesburgo. Ni taxis, nada. Es su gran debilidad. Resulta complicado describirlo. Se trata de una ciudad importante, moderna, imponente en vastos sectores, aunque, de mínima, es extraña. No hay negocios en las calles, ni estaciones de tren o de subterráneo, tampoco paradas de bus como las conocemos en Latinoamérica, que representan un punto aglutinante. Ese hecho la deshumaniza, pues se nota poca presencia de gente en la vía pública. Hay extensas autopistas y para moverse es imprescindible un vehículo. Hasta el fin del apartheid, cuentan, la gente de raza negra necesitaba un pase para entrar al centro, vivía recluida en ghettos, el gobernante blanco pensaba que no tenía por qué desplazarse. Tampoco hay bares a la calle, como en Europa o el Río de la Plata; los bares son un punto de referencia, de encuentro, un termómetro del sentir ciudadano. Aquí, para todo hay que recurrir a los centros comerciales "¿Para qué darles transportes?". (Ibíd.). África es otro mundo, otra historia y tiene un destino inescrutable. La diversidad, para quien desconoce su existencia, es una fuerza tan poderosa como el derecho a la igualdad. Ojalá que el fútbol retome su función primordial y de origen, alimentar el alma a través de los músculos; sanar las mentes por medio del juego limpio; reunir a los pueblos en lugar de ponerlos a pelear. Deseamos que el futuro del fútbol y del Planeta sea una fiesta auténtica, de negros, blancos, cholos y amarillos: ¿será una utopía? El Río Amarillo demostró que puede ser una realidad.

El escritor y sociólogo Pablo Nacah, amante del fútbol, analiza la obra de otro escritor amante del fútbol, Juan Villoro; desafiando el descrédito que en círculos intelectuales se quiere irrogar a esta afición, desconociendo su lado afirmativo en la difusión de las identidades, así como la crítica que de manera paralela condena la manipulación de este deporte, una suerte condenada de malversación, de la que quienes amamos el fútbol y la cultura queremos salvarnos, para devolverle al balón y a sus seguidores los significados en los que todavía seguimos creyendo y en los resultados que aún esperamos. La crítica y el elogio del fútbol desfi-

lan juntas cuando un equipo sale a la cancha.

“Valiente y decidido –la vanidosa colonia intelectual que nos abraza suele tildar al escritor amante del futbol de herético incurable” (Pablo Nacah, diciembre de 2006). El escritor Juan Villoro trata “literariamente al futbol con el mimo que el buen futbolista trata a su preciada herramienta de trabajo, un balón que en la actualidad transpira lágrimas de felicidad pero también de cocodrilo, epicentro de una sinergia colectiva en ocasiones inexplicable –de allí entonces, aunque sólo quizás, su enigmática seducción–argamasa cosmética que fija los ladrillos apilados, uno sobre otro, del lazo social contemporáneo.



El paso del tiempo no supera la vigencia de nuestra identidad

“Convirtiéndolo en unidad de análisis y partiendo de la hipótesis que apunta que el futbol sucede dos veces, una en la cancha y otra en la mente del público...Recuperación semanal de la infancia” significa para Javier Marías el futbol, pensamiento que retoma Villoro para dotar de consistencia a su cadena conceptual ilustrada como “afán de pertenencia a un equipo”, identidad primigenia con determinados colores o, mejor, “epidermis textil” que oficia de auténtico motor inmóvil para que el autor ponga en marcha su poderosa antena parabólica con el objetivo de llevarnos, de la mano de finas estampas y coloridas tarjetas postales, a los sitios

y habitantes más esperados (e inesperados) del planeta futbol.

Se refiere a la “figura de Diego Armando Maradona, cuya vida está atravesada por una extraña capacidad para sobreponerse a varias muertes breves, héroe resucitado por el niño que (nunca) pudo ser y hombre acosado, quién sabe, por esa vana costumbre que lo inclina al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina. Y en un libro tan exhaustivo y minucioso, donde las líneas que delimitan el campo son para Villoro el orbe mismo, no podían faltar las consideraciones acerca de los traspasos millonarios y otros excesos que, con su insidiosa fiebre, debilitan la razón existencial de ese juego llamado futbol. Así, un inquietante análisis, con nombres y apellidos de la Liga de las Estrellas, de los fichajes prenatales y disparates varios, le permite ofrecer un diagnóstico que no por conocido resulta menos contundente y estremecedor: el mundo del futbol se halla en estado de demencia financiera. Para ahorrarnos más palabras, he allí el resumen de la paradoja que es el fútbol, un negocio y una pasión; en nuestro caso particular, la pasión de un pueblo minero: el Río Amarillo.



ROMER IMPORT S.A.

Suministros para minería

- Carburo de calcio
- Barrenos
- Brocas

*Saluda al equipo de fútbol Río Amarillo,
gloria de ayer, hoy y siempre*

Apéndice

Construcción del estadio

Nueva satisfacción para el fútbol de Portovelo

La historia del estadio Portovelo es paralela a la evolución del equipo y a las mutaciones del pueblo, de su gente y del mismo fútbol. Recordemos que un siglo antes en ese lugar había un pantanal saturado de malaria que mató a mucha gente y que obligara a los empresarios la contratación de los mejores médicos extranjeros, especialmente de aquel que saneó la zona del Canal de Panamá mientras estaba en construcción.

Cuando las máquinas empezaron a funcionar, con muchas limitaciones, no tenían la capacidad de beneficiar todo el oro y otros minerales, por lo que del molino se derramaban diariamente toneladas de arenas finas que sedimentaron el cauce del río, cubriendo la superficie del pantanal, hasta formar una serie de cúmulos: uno tenía formas caprichosas parecidas a los escenarios que se veían en las películas del oeste norteamericano: un paraíso para la diversión de los niños. En otro de estos cerros se adecuó un aeropuerto para los primeros aviones que llegaron a la Provincia. Y el más famoso amontonamiento de tierras auríferas sirvió para las prácticas deportivas que entretenían y a la vez disciplinaban a las generaciones de trabajadores y deportistas de Portovelo. Los gringos sembraron un césped que parecía hecha de terciopelo, una alfombra mágica en la que volaban sobre acémilas ordinarias jugando polo. Posteriormente la convirtieron en diamante par el béisbol y por último los futbolistas tomaron posesión de la cancha para sus entrenamientos y competencias, mientras por la noche los bohemios la aprovechaban para contemplar las estrellas al calor de un aguardiente.

La cancha de fútbol además sufría de una inclinación hacia el costado que da a la escuela, por lo que quienes atacaban desde “lo alto” podían imprimir más velocidad a sus ataques, en tanto que la defensa se volvía cuesta arriba, exigiendo dosis adicionales de energía y masa muscular. Siempre era oportuno aprovechar los 45 minutos en los que cualquier equipo era amo y señor de esta circunstancia, indudablemente una ventaja. Pero cuando los zapatazos eran muy duros la pelota iba a parar en las aguas del río, entonces el pueblo empezó a soñar en un estadio cerrado, con graderíos, banca de suplentes y todos los complementos de un estadio



En un pantano salpicado de malaria se acumularon residuos de mineral hasta formar una planicie amplia y gruesa que evolucionó en el estadio de Portovelo, la cancha más rica del mundo, drenada por capas de oro

moderno.

Para ello surgió una oferta muy suspicaz: hacer realidad ese proyecto a cambio de llevarse toda la tierra mineral para sacarle el oro que contiene en abundancia; a cambio de poner fin a una leyenda quizás un poco terca; pero que en el fondo sintetiza la identidad de Portovelo y el valor que los jugadores del Río Amarillo le dieron a su campo y a su pueblo. No fue necesario el sacrificio y el orgullo se mantuvo firme, el estadio de Portovelo se levantaría sobre el solar más costoso del mundo, gracias a la pasión que por el fútbol y por el Río Amarillo siente aquel que fuera jugador de LDU: Montgómery Sánchez Reyes.

Vicente Jara y varios ex jugadores como Celso López han mantenido –desde que se conocieron en el primer campeonato de ascenso– una excelente amistad con aquel centro delantero de la LDU, Montgómery Sánchez Reyes, quien llegó a ser ingeniero

agronomo gracias a la Universidad Técnica de Machala y luego se ha destacado como Prefecto Provincial de El Oro. No es necesario resaltar los detalles técnicos de la construcción, lo esencial es que Montgómery les dio otra satisfacción a los portovelenses, vinculada al deporte y a la cultura, un soporte para recuperar su identidad; la construcción del Estadio y la instalación del alumbrado eléctrico. El nuevo escenario está listo para la reproducción de las hazañas deportivas, pero sobre todo para la recuperación de los valores que sembraron en el césped aquellos inolvidables jugadores.



CLINICA MATERNIDAD

San Francisco

GINECOLOGIA - OBSTETRICIA - CIRUGIA

CIRUGIA ESTETICA - LIPO ESCULTURA

Dr. Freddy Saraguro Morales
MEDICO ESPECIALISTA

 **087949545**  **089121749**

Dirección.: Guayas e/. Arizaga y Manuel Serrano
Telf.: 2933-696 - Movil: 098514223



GOBIERNO PROVINCIAL AUTÓNOMO DE EL ORO

MI HOMENAJE Y SALUDO AL CLUB
RIO AMARILLO Y A SUS EX
JUGADORES, ANTIGUOS SOCIOS EN
EL CAMPO DE FÚTBOL.

Ing. Agr. Motgómery Sánchez Reyes
PREFECTO AMIGO

